Mientras la *Luisa* se alejaba de Taboga yo, desde la popa, contemplaba á Josefina y le decía *adios* con mi pañuelo. Ella, á su vez, agitaba el suyo en el aire y parecía querer saltar el balcón para alcanzarme. Cuando el Morro me ocultó su vista caí sobre el asiento y me sumergí en profundo pensamiento.

Iba tan absorto en esos mismos pensamientos que no advertí cuando el vaporcito, en vez de seguir por Flamenco á Panamá, entró al canal y se dirigió á la Boca. Allí desembarcamos, tomé un coche y me hice conducir á casa.

Contentísimos estuvieron mis padres al verme. Me encontraron muy repuesto y yo quise dar gusto á mi madre permaneciendo á su lado ese día.

Al siguiente fuí temprano con mi padre al almacén, me informé del estado de los negocios, examiné los libros y me entregué á ellos con ardor. Dos semanas consecutivas trabajé día y noche para ponerlos en orden. Trabajé con constancia. A ninguna parte salía, ni había vuelto á ver ningún amigo. Quería que cuando llegara la hora de regresar á Taboga no fuera el atraso en que aquellos se encontraban obstáculo que pudiera impedirme el viaje.

Varias veces me suplicó mi padre que no trabajara tanto, que podía volver á enfermar. Yo le contestaba que me sentía perfectamente bien y él me dejaba hacer, satisfecho de mí y contento de verme en tan buena disposición de ánimo.

Inútil me parece decir que la imagen de Josefina se interponía con frecuencia entre los números que trazaba en los libros y mis ojos y, si no hubiera emprendido con tanto ahinco mi tarea no habría tenido otro pensamiento que ella.

Corrieron los días y al segundo domingo de estar en Panamá volé á su lado.

Grande fué su jubilo al verme llegar, inmenso el mío cuando, al distinguirla entre el grupo de

personas que habían bajado á la playa á recibir á sus parientes y amigos, la estreché la mano. Después de preguntarla por su madre y hermana la digo satisfecho:

—Ya lo ves que pronto he vuelto.

—Sí, me contestó, te lo agradezco. Creí que no volverías.

—¿Y eso por qué?

—No sé, tonterías mías.

Subimos á la posada, donde encontré á Mrs. Jackson y á Cecilia. Ambas extrañaron verme de regreso tan pronto. Sin embargo estuvieron muy atentas y me recibieron perfectamente.

Cuando nos dejaron solos preguntóme Josefina como había encontrado á la familia y qué había hecho en Panamá durante esos largos quince días.

—Trabajar mucho, la dije, y pensar en tí.

—Yo también te he pensado mucho, me replicó; y seguimos hablando de los mismos asuntos de que siempre hablábamos cuando nos encontrábamos solos, nimiedades de los seres enamorados que no tienen más interés que el que les presta el mismo amor.

Deslizóse así tranquilo el día, su mano en mi mano, enlazadas nuestras almas en un prolongado suspiro de amor, fija su mirada en mi mirada inquieta, la inquietud del corto tiempo que debía permanecer en su compañía. Pero, por algunas horas fuimos felices, olvidados del mundo y sus miserias, por algunas horas estuvieron unidas nuestras ideas, unidos nuestros corazones y amalgamadas nuestras esperanzas.

Todos mis escrúpulos, todos mis temores habíanse evaporado al contacto del calor de nuestra pasión, como se evapora el agua del mar bajo el influjo de los ardientes rayos del sol. Paulatinamente fueron desapareciendo del horizonte de mis pensamientos los escollos que encontrara al principio mi gran amor por Josefina. Nos amábamos demasiado

para que nada pudiera alterar ese casto sentimiento. Y cuando mis padres comprendieran lo mucho que la quería, cuando vieran su diáfano rostro de vírgen, cuando recibieran los destellos de su mirada centellante, entonces quedarían vencidos y no opondrían obstáculo alguno á mi dicha.

En tales pensamirntos nos sorprendió la noche. Cuando oscurecía no era correcto que permaneciésemos solos en la sala y teníamos que bajar á la cantina, despertar al mundo y rozarnos y hablar con la gente. ¡Cuán antipático me era entonces el rostro humano y la charla de esos seres que así turbaban mi felicidad!—Y cuando llegaba la hora de retirarnos, la hora de irse á la cama para dormir, , es decir, bestializarse, volvía á hacerse el vacío en mi alma.

Seis, siete, ocho horas de sueño me parecían una verdadera calamidad de la existencia en esos momentos en que, verdaderamente, uno no existe.

Eran otras tantas horas que permanecía lejos de de Josefina, cuando no soñaba con ella. ¿Por qué dormir cuando despierto se es feliz? Y, sin embargo, quizas justamente porque era dichoso dormía bien.

El vapor, al día siguiente, no salía hasta las siete de la mañana. Tuve pues, tiempo de conversar con Josefina antes de embarcarme, hasta que el detestable silbato, hiriendo las capas de aire, vino á anunciarnos que era tiempo de separarnos. Vinieron entonces las mismas promesas y los mismos juramentos de la vez pasada. La abracé con delirio y partí. Decíale, desde el buque adios, hasta que la perdí de vista.

— —

VIII

Por muchas semanas estuve yendo religiosamente á Taboga todos los domingos. Acompañábame unas veces Joaquín, otras algún amigo, las más iba solo; pero siempre recibíame admirablemente la familia.

Como he dicho ya, temía Cecilia las dificultades que presentaría la unión de Josefina conmigo y,—aunque había llegado á convencerse, por mis viajes y mi comportamiento con esta de que mi amor era serio—no dejaba de halagar su vanidad, entre otras cosas, el ver que la belleza de su hermana hubiera producido tan sorprendente efecto en el hijo mimado de uno de los más acomodados comerciantes de la capital. Yo era, por otra parte, un buen cliente y mi mesurada conducta no les presentaba pretexto para cerrarme las puertas de su casa.

Existía, además, como también dejo dicho, el amor que ella misma sentía por Joaquín y que sabía podía yo divulgar si se declaraba en guerra abierta contra mí. Sucedía, pues, que Cecilia tenía que tolerar mis visitas y Mrs. Jackson aprobaba todo lo que hacía su hija mayor.

En cuanto á Josefina, ella, en su inocencia, se había entregado por completo á mi amor y tenía en mí plena confianza. Cuando llegaba á la isla bajaba á recibirme á la playa y en su semblante y en sus ojos revoltosos se descubría la satisfacción que sentía al verme.

Subíamos, saltando como gamos, la pequeña pendiente arenosa que conduce á la casa y allí me extasiaba contemplándola.

Cada vez la encontraba más bella y seductora y agradábame sobremanera ver cómo iba, poco á poco, desarrollándose su cuerpo que adquiría graciosas y ondulantes formas. Rodondeábanse sus caderas,

ensanchábanse sus espaldas y sus rígidos pechos tomaban agradables proporciones. Todo esto sin perder la frescura de su cútiz ni el fulgor de sus ojos. De una linda niña que era, Josefina prestaba garantías de llegar á ser una encantadora y hermosa mujer, rival de su hermana, de más suaves y delicadas formas. Yo estaba cada día más enamorado de ella.

Cuando no había más huéspedes en la casa, ella y yo á ninguna parte salíamos. Ya en la sala, ya en el balcón, siempre unidos, las manos enlazadas conversábamos sobre nuestra felicidad presente y nuestra futura dicha.

Lo presente estaba sembrado de rosas y sonreíanos lo porvenir. Nos jurábamos amor eterno porque estábamos seguros de que eterna sería, también, nuestra constancia. Soñábamos todo un cielo de placer y gloria,....y cuando más lejos nos creíamos de la tierra, el silbato del vapor venía á recordarnos la hora de la partida. Nos dábamos, entonces, un estrecho abrazo y bajábamos silenciosos la escalera.

Invariablemente venía ella á acompañarme hasta la orilla del mar y allí nos dábamos el último apretón de manos.

—Hasta la vista, Fina, la decía; y

—Hasta la vista, Rica, repetía ella.

Cuando me acompañaba Joaquín no gozábamos de esa dulce soledad. Cambiaba entonces tan celeste decoración y otros actores entraban en escena. Cecilia temía ahora encontrarse á solas con Joaquín, y Josefina y yo nos veíamos obligados á tenerles compañía.

Hablábase ya bastante de sus relaciones en el pueblo; el marido de aquella estaba próximo á llegar de su largo viaje y era preciso evitar, en lo posible, todo escándalo. Pero en nada perjudicaba su presencia nuestros coloquios, antes por el contrário, servíanos como de garantía. Entregados á sus propios asuntos no tenían tiempo para dedicarse á los nuestros.

Entre Joaquín y yo habían mediado explicaciones. No tenía ahora por qué ocultarlo mi amor y él, por su parte, habíase visto obligado á confesarme su pasión, bajo la más estricta reserva.

—Tu comprenderás, habíame dicho, que si su marido llega á sospechar nuestras relaciones sería capaz de matarla y, por otra parte, yo no quiero perjudicarla en lo más mínimo

Como todo enamorado, mi amigo no se daba, ó no quería darse cuenta de que con solo amar á Cecilia y venir con tanta frecuencia á Taboga ya la comprometía; pues no ignoraba las habladurías del pueblo. Pero sucede con el amor como con ciertos vicios que son, á veces, irresistibles.

Se vé el precipicio hácia el cual se camina con pasos agigantados y, sin embargo, hay algo dentro de nosotros mismos más fuerte que la voluntad, más poderoso que la reflexión, algo así como un déspota que todo lo tiraniza y nos obliga, á nuestro pesar, á seguir la misma peligrosa senda.

Eso de fuerza de voluntad en el vicio son historias. Entre mil hombres hay uno que la tiene. La ciencia y la estadística así lo demuestran. Lo que hay en realidad son ciertas circunstancias que hacen, muchas veces, al hombre abandonar esa senda por otra más segura. Necesidades de la vida, desengaños, enfriamiento natural de esa pasión, cambio de posición ó de escenario, otro clima, otros países, distintos horizontes, todo eso puede hacer al hombre vicioso ó locamente enamorado volver sobre sus pasos; pero rara, rarísima vez la tan decantada y aconsejada fuerza de voluntad. Claro que sin ella no podrá llegarse jamás á resultado alguno favorable; pero ésta no es más que un factor, el principal, no lo niego; no la causa misma de la regeneración de un vicioso,

—Pon de tu parte, le dicen á un borracho, por ejemplo, arranca de tu pecho esa pasión maldita, ten fuerza de voluntad, vuelve á ser hombre.

Pero se le deja en el mismo escenario, una cantina, rodeado de las mismas tentadoras decoraciones, el mostrador y las botellas, codeándose con los mismos actores, los demás borrachos como él, aspirando la misma fétida atmósfera, la del licor ...De nada servirán esos consejos si no ayuda á ponerlos en práctica el mismo que los da, sacando al borracho de esa cantina y obligándole á frecuentar otros centros más sanos.

Decid á un niño que no juegue con un afilado cuchillo porque se corta. De poco servirá esa recomendación si dejáis el cortante instrumento en sus manos. El niño concluirá por cortarse. Y se cortará, una y mil veces, mientras tenga el cuchillo en sus manos y la experiencia no lo enseña á manejarle.

Tanto el vicio como el amor, pueden contrarrestarse en su nacimiento ó en su cuna. Si entonces no se tuvo cuidado en hacerlo ¿cómo pretender después, cuando éste ha echado hondas raices, arrancarle, si no concurren las circunstancias que dejo apuntadas?

Tal pasaba á mi pobre amigo Joaquín. Dejóse, al principio, seducir por las tentadoras formas de Cecilia; dedicóse á hacerla la corte creyendo poder separarse de su lado en tiempo oportuno y hoy, cuando veía aproximarse la tempectad, no tenía ni fuerzas para amainar las velas, ni voluntad para virar de rumbo.

No obstante su afectado pesimismo creía, cosa rara en esos monomaniácos, en la virtud de las mujeres y sabía que Cecilia, á pesar de sus provocadoras miradas, era honrada.

A las observaciones que yo le había hecho respecto á esos amores habíame jurado que no tenía

intención alguna en hacer desgraciada á la hermana de la mujer á quién yo amaba. Mas Cecilia era casada y yo veía que estas relaciones no podían tener más que un vulgar desenlace.

Y la idea de que Joaquín, á quién quería casi como hermano, fuera á convertirse en criminal me desolaba tanto por él, como por mi mismo. Por él; porque á mis ojos era criminal el hombre que destruía el porvenir de una familia honrada y Cecilia tenía dos hijos á quienes aquel podía servir de padre, caso que el legítimo llegara á abandonarlas por su causa; pero á quienes no podía devolver la honra que á su madre le quitara.

Pero más que por él mismo, egoismo del amor, preocupábame por mi propia situación en relación con Josefina y mis padres.

Josefina pura, inmaculada, y bella, aunque de humilde cuna y escasa instrucción, podía presentarla en todas partes, erguida la frente y orgullosa de pasear su honradez y su belleza por el orbe. Podía, también, aunque á duras penas, hacércela aceptar á mis padres como hija.

Pero si Cecilia sucumbía á las persecuciones de Joaquín, si ésto se veía impotente para resistir la atracción de su cuerpo de mujer apasionada y sus tentadoras formas, ¿no sería la flaqueza ó debilidad de aquella un poderoso y terrible argumento en boca de esos nobles ancianos? ¿Qué podía yo responder el día que lo opusieran á todas mis razones?

¿El mundo, la sociedad? Ya he dicho que poco el uno y la otra me importaban. Yo era joven y rico. Podía á ambos desafiarlos. Pero mis padres, mis amorosos padres ¿tendría, así mismo, valor para encararme contra ellos, los que me habían dado el ser, los que se habían desvelado por educarme?

Fueron estos los pensamientos que volvieron á asaltarme cuando Joaquín me reveló sus sentimien-

tos por Cecilia y consideré detenidamente su situación con respecto á todos nosotros.

Creía haber apartado de mi mente todo obstáculo que pudiera oponerse á mi amor y ahora descubría uno nuevo, Joaquín.

Sin embargo, á la vista de la mujer amada desvanecíanse siempre todas mis aprehenciones; porque mi frenético amor era también más poderoso que todos los argumentos de este mundo.

Cosa muy distinta sucedía cuando me acompañaba á Taboga algún otro amigo. Veíame entonces obligado y veíanse, así mismo obligadas las Jackson á atenderle y, en tales ocasiones, tenían lugar los paseos á Taboguilla, á Melones, ó cualquiera otro lugar vecino.

Fué en uno de esos memorables paseos cuando naufragó el *Balboa*, vaporcito que hacía el servicio de agua de la Compañía del Ferrocarril de Panamá entre Taboga y esta ciudad.

Aquel día había amanecido en su fondeadero de la isla, allá por playa honda, cerca de la Restinga. No recuerdo que fiesta se celebraba en el pueblo; pero lo cierto es que habían ido allí, de paseo, varios jovenes panameños y algunos empleados de la Compañía y que éstos habían inducido al Capitán á dar una vuelta al rededor de la isla.

La tarde era espléndida y tentadora la excursión, así que, ni una sola de las jóvenes invitadas dejó de presentarse á bordo. Éramos, entre hombres y mujeres, más de cincuenta personas.

Cuando todo estuvo listo nos pusimos en marcha, llenos de alegría. Completa calma reinaba en el mar. Nada hacía presagiar una catástrofe.

El vaporcito salió del puerto, airoso, orgulloso, ufano, como que llevaba á su bordo las mas hermosas flores de ese incomparable jardín tabogano: Josefina, Cecilia, Manuelita y todo lo más granado del pueblo. Venían también algunas familias de Panamá.

Al ver el *Balboa* andar así, gallardo, coqueto, sobre el agua tranquila ¿quién hubiera imaginado que pronto, demasiado pronto, encontraría su sepulture en el fondo de ese mismo mar azul?

Hasta doblar el Morro todo marchó perfectamente; pero allí la corriente, demasiado fuerte, mantiene siempre el mar en agitación. El vapor era angosto y la construcción de madera, la *obra muerta*, que llaman los marinos, demasiada elevada para su calado. Con el menor movimiento del agua, ó con el más ligero soplo de brisa, comenzaba á columpiarse. Fué lo que entonces sucedió Sobrecogiéronse de espanto algunas mujeres y principiaron á correr en todas direcciones, lo cual hacía más agitado el movimiento del barco. Hubo que calmarlas y obligarlas á estarse quietas. Josefina vino á acurrucarse á mi lado. Cecilia inconscientemente, buscó la protección de Joaquín.

No había sido nada y doblose el peñón sin dificultad alguna.

Volvió á reinar el contento á bordo y siguió el vapor andando, andando hasta llegar á *Barlovento*. De repente sopló el viento con fuerza, hizose más sensible el vaivén, volvió á apoderarse el miedo de todos los viajeros y, ésta vez con razón, cundió el espanto y la confusión por todas partes.

Gradualmente enfurecíase el mar, sin motivo alguno aparente, mecíase el vapor, como una hamaca, y las olas entraron por la popa, demasiado baja, anegando la cubierta. De pronto, alguién observó que el buque se hundía. Efectivamente, el *Balboa*, sumamente cargado, navegaba casi á flor de agua y se sumergía paulatinamente en el abismo.

Entonces los gritos de las mujeres que imploraban á los hombres para que las salvaran, la incertidumbre de éstos, que no sabían á cual atender pri-

mero, el Capitán dando órdenes que nadie atinaba á obedecer, el sonido del pito que repercutía por los aires pidiendo auxilio, el furor de la máquina que se movía con fuerza para aproximarse á tierra, todo era confusión y espanto. Unicamente el Capitán, Joaquín y yo permanecíamos impávidos ante el peligro. Josefina y Cecilia no se apartaban de nuestro lado. Confiaban en que nosotros las salvaríamos.

Pero el vapor continuaba sumergiéndose, todo el casco estaba ya dentro del agua que pronto nos llegaría al tobillo. Del pueblo, de la Restinga, de todas partes venían ya los botes en nuestro auxilio. Los boteros remaban con vigor; pero tardaban, estaban lejos, el auxilio llegaría tarde. Había que arrojarse al mar, ó pereceríamos con el barco. Afortunadamente todos abordo, sabíamos nadar.

En esa hora suprema no pensé más que en Josefina. Esta, agarrada de mi brazo, no decía una sola palabra, no hacía el más ligero movimiento. Todo lo esperaba de mí; porque tenía fe en que yo la salvaría, la fé que da el amor.

No habiendo ya más recurso que echarse al agua le rasgué con una cuchilla el corpiño, corté los hilos del corsé para que éste no impidiera el movimiento de sus brazos al nadar, y la grité:

—Pronto Josefina, al agua.

Ella obedeció y yo me arrojé en su seguimiento, sin preocuparme por la suerte de los demás. Egoismo del amor y de la propia salvación.

—Nada con fuerza, la seguía gritando, no tengas miedo que aquí estoy yo.

Nadaba ella bien, como todas las taboganas, y hendía el agua con sus brazos y con vigor. Yo la seguía de cerca, listo para prestarle socorro en caso necesario. La orilla no estaba lejos. Un pequeño esfuerzo y estábamos salvos.

Entre tanto llegaron los botes y fueron recogiendo y sacando del agua los demás náufragos, que luchaban con las olas. El *Balboa* estaba próximo á desaparecer por completo. Apenas se veía ya, su negra chiminea.

Los botes lograron salvar á todo el mundo. Josefina y yo habíamos sido los primeros en arrojarnos al mar y ya íbamos lejos del lugar del siniestro cuando estos llegaron. Poco nos faltaba para alcanzar la orilla cuando uno de los boteros nos vió y remó hacia nosotros. En ese momento faltaronle á Josefina las fuerzas. Lo noté, por el desperado movimiento de sus brazos, y acudí presuroso á socorrerla, pues ya principiaba á tragar agua. Enlacé con la mano izquierda su busto y nadé con la derecha, ayudándome con los piés. Salvar ese precioso tesoro era todo mi anhelo y el amor me daba fuerzas.

Cuando el bote de salvamento llegó á nosotros tocaba yo el fondo de arena con los pies y tenía á Josefina, temblorosa, entre mis brazos. Salté en el bote y, ayudado por uno de los boteros, coloqué en él á mi inerte enamorada. Se había desmayado. Estaba fría y cubrí su busto con el cotón que un marinero, despojándose de él generosamente, me ofreció. Con el velamen de la embarcación acabé de cubrí su cuerpo adorado y frío.

Grande había sido nuestro espanto pero, después de todo, no había sido más que un susto. Josefina volvió pronto en sí, me dió las gracias y, desde ese día, á su intenso amor por mi mezcló cierta adoración fanática, pues, en realidad, me consideraba como su salvador. ¡Pobre amor mío! Siempre fué la misma. Su amoroso candor abultaba los hechos y la hacía ver en mí un sabio y héroe. Lejos estaba yo de ser ni lo uno ni lo otro.

Todos regresamos al pueblo, perfectamente sanos, y completamente mojados. Pero el *Balboa* se perdió por completo.

entusiasmado por el delicioso viaje que acababa de hacer, me lancé sobre ella y rápido, fugaz la abrasé con mis ardientes labios la mejilla derecha.

La belleza de la noche habíame colmado de entusiasmo y la soledad del mar, sin límites, me había hecho perder el juicio.

Al recibir aquel ósculo amoroso tembló Josefina de pies á cabeza y, azorada, se desprendió de mis brazos y retrocedió dos pasos. Luego miró á todos lados, como para cerciorarse de que nadie nos había visto y, por algunos segundos permanecimos silenciosos. Aquel beso había sido demasiado elocuente.

¡Oh! primer beso de amor que dí en mi vida á mujer alguna! Beso casto, beso puro, inmaculado, el único que no empañó mis labios, el único que no trae á mi mente el recuerdo de otras escenas menos castas!

Pasada tan agradable impresión dije á Josefina, en tono suplicante y tierno:

—¡Perdóname! No pude contenerme.

—Te perdono, me replicó con dulce y suave voz, porque sé que á nadie lo dirás. Pero no lo vuelvas á hacer; me has quemado con tus labios. Y luego, volvió á decirme:

—Aguárdame aquí un instante, voy á llamar á Cecilia.

—Oh! no, la dije precipitadamente, no la llames. Déjame estar solo contigo siquiera un rato. He venido en bote y me regreso ahora mismo. Es muy corto el tiempo que estaremos juntos.

Pero ella se empeñó en ir á buscar á su hermana, diciéndome en voz baja y temblorosa:

—Tú no sabes lo que pasa. Si me ven sola contigo me reñirán.

Y subió en busca de Cecilia.

Quedéme solo en la cantina pensando en el significado de aquellas extrañas palabras: *Si me ven ahora sola contigo me reñirán.*

Jamás la habían reñido por nuestros amores. Hacía apenas cuatro días que había estado en la casa y ni en Cecilia, ni en Mrs. Jackson había dejado de encontrar la misma amabilidad en su trato. Yo, por mi parte nada había hecho que mereciera el más ligero reproche. Y ahora ¿por qué ese repentino cambio? ¿Porqué esa prohibición?

Pronto bajaron las dos hermanas.

—¡Cómo!, díjome Cecilia, asombrada al verme, usted aquí á estas horas? En qué ha venido?

—En un bote, la contesté.

—¿Solo?

—Sí, solo.

—Vaya, que tiene usted unas ocurrencias ... Qué bueno es tener plata para hacer lo que á uno se le antoje.

—No siempre consigue uno lo que desea por más plata que se tenga, la observé con sequedad. Comprendía que si alguna prohibición habían hecho á Josefina, ésta no podía proveuir de nadie mas que de su hermana. Su madre no se mezclaba ya en estos asuntos.

Después de un momento de silencio dirigióme, nuevamente, Cecilia la palabra para decirme que ya había regresado Mr. Hudson. Mr. Hudson era su marido.

—¿Sí?, la pregunté, sorprendido á mi vez.

—Sí, repitió ella, hace dos días que llegó. No se lo presento ahora, por que está muy ocupado escribiendo unas cartas para el vapor que sale mañana. Pero temprano lo conocerá usted.

—Ya no será hasta el domingo, porque me regreso ahora mismo.

—Eso no puede ser. Usted se irá mañana en el Morro.

—Imposible. Tengo también que despachar la correspondencia del almacén. Además, mis padres

no saben que ando por aquí y se alarmarán al no verme en casa esta noche.

—¿Y para pasar solo un rato en Taboga ha venido usted desde Panamá, gastando sepa Dios cuanto? En verdad que es usted bien raro.

—Es quizás lo único bueno que tengo, la contesté, por decir algo, por que, en realidad me sentía contrariado.

Cuando salí de Panamá creía que iba á pasar un delicioso rato al lado de mi amada y me encontré con que algo nuevo había ocurrido en la casa que me impediría volver á conversar á solas con Josefina.

Una charla árida, fría siguió á las primeras palabras que nos cruzamos Cecilia y yo. Esta hablaba con cierto embarazo que no le era natural. Diríase que representaba á mi lado un papel obligado, impuesto por alguien; pero ¿por quién? Tal vez por su esposo que acababa de llegar. Mas, ¿qué tenía él que intervenir en los asuntos de Josefina?

Esta permanecía sentada en una silla, triste, cabizbaja, hablando solo por monosílabos. Indudablemente algo serio pasaba. Se tramaba alguna conspiración para hacerme daño en mi amor y yo trataría de averiguar quién era su principal autor.

Sonó el reloj de la cantina las once. Era tiempo de retirarme.

—La despedida fué triste. Nada pude decir á Josefina, delante de su hermana. Esta, como que la repugnaba el papel que estaba representando á mis ojos, me dijo con dificultad:

Por supuesto que esta visita inesperada no le impedirá á usted volver el domingo, como siempre. Entonces conocerá usted á Mr. Hudson.

No encontré nada que decirla. Mi ánimo estaba muy abatido. Había sufrido una gran contrariedad.

Una cruel melancolía se apoderó luego de mí. Mi madre lo notó y trató de averiguar la causa de mi repentina tristeza. Fijóse en que los sábados, por la tarde, cuando llegaba la hora de emprender mis reglamentarios viajes á Taboga, á que ya tanto ella, como mi padre se habían habituado, yo presentaba un semblante más risueño y que siempre regresaba triste y compungido.

Con su cariñoso instinto de madre llegó á sospechar la verdad y, sin atreverse á revelar nada á mi padre, me dijo un día:

—Sabes, que yo creo que esos continuos viajes á Taboga no te hacen bien. Siempre vienes cansado de allá.

—Al contrario, la repliqué ligero, no hay nada que más me encante como viajar en el mar.

Nada más volvió á decirme; pero, desde ese día, procuré estar siempre alegre á su lado.

Había seguido yendo á Taboga todas las semanas y notaba en la familia Jackson cierta reserva, opuesta en todo á la confianza que hasta entonces habían gastado conmigo.

Mr. Hudson, el marido de Cecilia, me había sido presentado por ésta. Era un yanqui alto, bien fornido, barba y pelo rubios, mirada penetrante y extremadamente serio. Infundía respeto. Podría tener unos cuarenticinco años y hablaba nuestro idioma con perfección.—De todas las personas que he conocido en mi vida pocas me han sido tan antipáticas como ese gringo, en quien veía, á pesar de su afable trato, un ser funesto para Josefina y para mí. Después de conocerle y tratarle por algunos días llegué á convencerme de que él se había ingerido en nuestros asuntos y que todo lo que estaba sucediendo era obra suya. Pero, ¿qué motivos tenía aquel sujeto, á quién apenas conocía, para mezclarse en mis asuntos? ¿Quién le daba tal derecho? El

no era el padre de Josefina y poco debía importarlo con nuestros amores....

Desde que Mr. Hudson se interpuso en nuestro camino no pudimos, Josefina, y yo, comunicarnos nuestros íntimos pensamientos; porque, ahora, jamás nos dejaban solos. Tuve que recurrir, pues, al lenguaje escrito para averiguar la causa de tanta vigilancia. Escribí entonces á Josefina, de cuyo amor no tenía por qué dudar, pidiéndole explicaciones y he aquí lo que ésta me contestó:

"Sí, mi amado Ricardo, nos tienen muy vigilados. ¿Por qué? Eso es lo que voy á tratar de explicarte en esta carta, aunque sé que me será difícil, pues no soy como tú que expresas con tanta facilidad todo lo que sientes y todo lo que quieres decir. Yo soy una pobre muchacha, criada en este humilde pueblo, sin instrucción de ninguna clase y que, á veces, me admiro como haya podido, siendo tan rústica é ignorante, cautivar tu noble corazón. Comprendo que no soy yo la mujer que á tí conviene por esposa y esto es lo que ha tratado de hacerme ver Mr. Hudson."

Al segundo día de su llegada lo puso Cecilia al corriente de nuestros amores y le comunicó las sospechas que tenía de que tus padres no fueran á ver con buenos ojos estas relaciones entre un joven de mundo como tú, y una muchacha de pueblo como yo. Díjole que tu eres un excelente muchacho, que si de tí dependiera ella estaba segura de que me llevarías, sin escrúpulo alguno, al altar; pero que no eres libre y que respetabas mucho á tus padres para hacer nada contra su voluntad,

Para mi madre y Cecilia sería muy penoso cerrarte las puertas de la casa, porque te estimaban demasiado para ofenderte con semejante proceder y por eso, la última, pidió á su marido que interviniera en nuestros asuntos para evitar el día menos pensado, fuéramos á cometer una locura.

Era de noche. Mr. Hudson y mi hermana hablaban alto en su recámara, creyéndome dormida. Tú sabes que mi cuarto está contiguo al de ellos. Yo estaba despierta y pude oir su conversación. Al escuchar aquella palabra *locura* me estremecí de terror en mi cama. ¿Una locura? ¿Verdad que tu eres incapaz de hacer nada que no sea noble y digno como lo eres tú mismo? ...

Mr. Hudson aconsejó entonces á mi hermana el régimen que ya has observado: no separarse ésta nunca de mi lado para que no podamos decirnos más que lo que ella pueda oir. Su marido cree que así llegarías pronto á fastidiarte y concluirías por no volver más á Taboga. Tu constancia lo ha exasperado y ha ideado ahora otros medios. ¿Cuales?—Los ignoro. Pero el otro día habló largo rato conmigo y me repitió lo mismo que ya había oído de boca de Cecilia y lo mismo que en esta carta te lo relato. Yo comprendo que ellos tienen razón, que tus padres jamás consentirán en que tú te cases conmigo; pero te amo tanto que preferiría morir antes que dejar de verte. Así, pues, no dejes de venir siempro, que yo me conformo con tenerte á mi lado por unas pocas horas.

Esta carta la estoy escribiendo desde el baño, porque en casa no me lo habrían permitido jamás."

La carta estaba escrita con lápiz y era sencillo su lenguaje. Como sé vé no había en ella quejas de ninguna especie. Josefina aceptaba, resignada, la nueva situación á que la habían condenado y, como en el naufragio del *Balboa*, lo esperaba todo de mí, en quién seguía teniendo plena confianza. Mas yo no podía, como ella, tolerar que el marido de Cecilia se interpusiera entre los dos; y el nuevo obstáculo que quería oponerse á mi pasión vivó el fuego que ardía en mi interior. Y volví á preguntarme: ¿Qué derecho tenía Mr. Hudson para oponerse á

nuestro amor? ¿Que interés lo guiaba?—Josefina tenía una madre y únicamente ella podía intervenir en sus asuntos. Oh! Cuán antipático me fué entonces aquel gringo.

Cuando el corazón humano ama y sufre necesita siempre de otro corazón que le comprenda y á quién pueda confesar su amor y sus penas. Joaquín era el amigo más querido que tenía en el mundo, el único que sabría apreciar mi situación y el único que podría darme un sabio consejo. A él conté, pues, lo que me había escrito Josefina y cuando hube concluído mi relación, me dijo:

—No seas tonto, no te aflijas por tan poca cosa. Mr. Hudson no permanecerá por mucho tiempo en Taboga. Sus negocios le obligarán á ausentarse pronto nuevamente y entonces todo volverá á ser color de rosa para tí. Cecilia y Mrs. Jackson te estiman demasiado para hacerte una seria oposición. Cuando se convenzan de que tu amor es sincero y que son serias tus intenciones, entonces no harán resistencia alguna y exigirán sólo de tí que obtengas de tus padres el correspondiente permiso para unirte con Josefina. Esa será la más difícil empresa de todas; pero no dudo que, con valor y constancia, llegarás á triunfar de la repugnancia natural que sentirán al ver que tu desprecias el mundo y la sociedad por una joven que no es igual á tí ni en riquezas, ni en nacimientos.

Mi amigo hablaba con juicio. Había modificado notablemente sus teorías en estos asuntos y no pude menos que expresarle un agradecimiento por sus consejos y lo agradablemente sorprendido que había quedado con sus nuevas ideas.

—¿Qué quieres?, me dijo. Lo santo de tu amor ha purificado mis sentimientos á este respecto. Te he visto triste y abatido en estos días y he comprendido que tu amas, no por el placer mundano que pueda proporcionarte ese amor, puesto que si así

fuera nada se opondría á que Josefina fuese tuya por medios distintos de los que se acostumbran en la buena sociedad.

—Interrumpí á mi amigo diciéndole:—Semejante idea no ha cruzado jamás por mi cerebro. Sería indigno de mí.

—Te repito que así lo he comprendido y es eso lo que me ha decidido á abandonar mis pretenciones respecto á Cecilia.

—¿Cómo?, le dije, cada vez más asombrado, renuncias á tu amor por Cecilia?

—De hoy en adelante. De otro modo no te hablaría como lo vengo haciendo.

—Gracias, amigo mío, le dije otra vez corriendo á abrazarlo. Has quitado de mi camino, con tus propias manos, el obstáculo más serio que pudieran oponer mis padres á mi enlace con Josefina.

En efecto, era lo que más había temido siempre, que aquéllos pudieran enrostrarme el deshonor de la hermana de mi amada. Pero, ahora, ya estaba seguro de que la horrible falta, tan temida por mi, no había sido cometida, no se cometería jamás, puesto que Joaquín me aseguraba que él se retiraría, para siempre, de casa de las Jackson. Cecilia sería, pues, como su madre y su hermana, inmaculada, sin mancha.

Salí de casa de mi amigo mucho más aliviado de lo que en ella había entrado y, esa misma noche escribí á Josefina lo siguiente:

"Amor mío:—No tengas cuidado alguno por lo que está pasando. He sido informado que Mr. Hudson permanecerá poco tiempo al lado de ustedes y, cuando él regrese á su trabajo, volveremos á ser felices. Yo continúo amándote con pasión y no hay poder humano que pueda oponerse á mi amor. Como me lo pides seguiré yendo á Taboga como de costumbre. ¿Crees que podría pasar más de una semana sin verte?—No, jamás.—Aguárdame el domingo.

Tuyo eternamente, RICA."

Solo Carlos, completamente cerrado de negro, conversaba con Josefina,. Esta, avergonzada, al descubrirme de lejos, marchaba con la mirada fija en el suelo, quizás conmovida, al mismo tiempo, por las palabras que su compañero la decía.

Al cabo de dos minutos llegaron al pié de la escalera dos minutos que me parecieron un par de siglos.

Cosa rara! Al encontrarme frente á frente con Carlos, el rival deshauciado hacía algunos meses por Josefina y que ahora volvía á ver de una manera tan inesperada, paralizáronse por un momento todas mis inquietudes. Su negro vestido y el aire de tristeza que tenía impreso en el semblante infundía respeto y movía á la compasión. Yo no había vuelto á verle en Panamá; pero sí había oido decir que su madre había muerto, y le tuve lástima en aquel instante: pues pensé que yo también tenía padres que podían abandonarme de un momento á otro.

Mr. Hudson me saludó con afectada amabilidad; Cecilia me tendió la mano y dijo una tontería cualquiera para explicar la situación en que todos nos encontrábamos. El Capitán me apretó la mano con frialdad y el otro jóven saludóme solo con una inclinación de cabeza. A todos contesté cortésmente, tratando de disimular mi turbación; pues el sentimiento de compasión que había tenido por Carlos fué rápido, producido solo por su negro traje y afligido continente.

Una vez en la cantina Mr. Hudson me presentó á su amigo y nos invitó á tomar un *cocktail* que él mismo preparó. Luego, en el comedor, distribuyó los lugares de tal manera que Josefina vino á quedar entre el Capitán y él, Cecilia entre el extranjero y yo. No tenía otro objeto este arreglo sino separar á Josefina de mi lado y mostrar á Carlos la preferencia que por él tenía. Así lo comprendí en el acto y, entonces me fué difícil ocultar el alterado movimiento de mi alma ofendido con tan raras y ridículas maquinaciones.

Quedaba yo, así, privado de toda comunicación con Josefina y veíame obligado á atender la conversación de Mr. Hoggs, el nuevo conocido, quién apenas podía expresarse en otro idioma que no fuera el suyo. La comida fué, pues, ceremoniosa y triste.

Cecilia quien, como ya he hecho constar varias veces, me tenía verdadero cariño y conocía bien mi carácter, trataba inutilmente de hacer menos trabajosa la situación que ella misma, exajerando su deber de hermana mayor, había hecho crear ó introducía, de cuando en cuando, alguna frase, en pésimo inglés, en la conversación que Mr. Hoggs sostenía con migo. El Capitán hablaba en voz baja á Josefina, quién le escuchaba en silencio. Padecía ella quizá tanto como yo, pues, á la débil luz de la lámpara, alcanzaba á descubrir, en su diáfano rostro y en sus húmedos ojos, algo así como el reflejo de honda pena. Mr. Hudson, siempre grave, contemplaba satisfecho, el efecto que en todos nosotros producía su infernal combinación.

Se prolongó más de lo usual la comida y cuando nos levantamos de la mesa procuré acercarme á Josefina, mas su hermana, comprendiéndo mi intención, llamóla aparte y subió con ella al piso principal. Quedamos solo los hombres en la cantina, Mr. Hudson en animada conversación con Carlos, y yo contestando únicamente *yes* ó *no* á las innumerables preguntas que me dirigía Mr. Hoggs.

Pasados algunos minutos envió Cecilia á llamar al Capitán. Tal llamamiento era como el quinto acto de la comedia que se representaba ante mis ojos y descubría perfectamente el plan que se tramaba contra mí.

Quedé solo con los dos gringos y díjome entonces Mr. Hudson, aparentando una gran sorpresa.

—"*The Capitan seems to be very fond of Josefina*" (1) y viendo que yo nada respondía, prosiguió, con la mayor calma del mundo:

(1) Parece que el Capitán está prendado de Josefina.

—"*I bet she likes him tho. Woat a lovely match they would make.*" (2)

Me mordí los labios hasta hacérmelos sangre. Aquello era demasiado. Aquel hombre conocía mis relaciones con su cuñada, y trataba de burlarse de mí haciéndose el ignorante. Era esto más de lo que yo podía tolerar y me arrojó á la calle bruscamente.

Mi cabeza ardía como una fragua y el fresco de la noche me hizo bien; pero era tanto lo que sufría, tal la opresión que sentía en el corazón, tal el torbellino de ideas que se agrupaba á mi cerebro calenturiento, que imposible me sería trasladarlas al papel. Solo puedo decir que estaba celoso, furiosamente celoso y que deseaba á Mr. Hudsou y á su esposa todo genero de calamidades. Eran unos canallas, unos infames.

Había sabido, por que en los pueblos todo se sabe, que la madre del Capitán Carlos había muerto dejándole una inmensa fortuna y antojóseme que ese cambio de posición en mi rival había hecho concebir á éste nuevas esperanzas de conquistar, con su dinero, el corazón de Josefina que no había sabido conmover con apasionadas palabras. Y lo que ahora observaba me autorizaba, para creerlo así.

De seguro, Cecilia, así como había impuesto á Mr. Hudson de mis relaciones con su hermana, habíalo también informado de las pretensiones del Capitán y héchole combinar el plan que, ahora ponía en práctica con tanto descaro, plan que consistía en halagar á Carlos convencer á Josefina de que yo jamás la haría feliz y alejarme para siempre de la casa.

Aunque mi fortuna personal era quizás superior á la herencia de mi pretendido rival, éste otrecía la ventaja de ser solo y, por consiguiente, enteramente libre de sus acciones.

(2) Le apuesto que á ella también le gusta. ¡Que bella pareja harían los dos!

En cuanto á Josefina no sabía que pensar de ella, ó mejor dicho, eran tantas las cosas que de ella pensaba que difícil me sería revestirlas con una forma inteligible.

Maldecíala á veces, tratábala otras de coquota y, por momentos, la disculpaba, pues veía que todo aquello no era más que obra de Cecilia y su digno esposo, de ese par de desvergonzados á quienes iba á hacer todo el mal que pudiera. Ya no me opondría más á que Joaquín siguiera enamorando á la tal Mrs. Hudson. Antes, por el contrario, le ayudaría en su empresa. Me resolvía á perder á Josefina; pero también los dos esposos perderían su tranquilidad y su honra. Ningún mal había hecho jamás á Mr. Hudson; poro si éste pretendía desbaratar gratuitamente, mi felicidad yo, por mi parte, me asociaría con mi amigo para destruir su hogar. Tales eran los infames sentimientos que abrigaba en aquel horrible momento mi celoso corazón.

Cuando regresó á la casa todo estaba en silencio. Subí á mi aposento y traté de dormir. El sueño fué pesado. Una exitación nerviosa me tuvo en sobresaltos; toda la noche. Veía horribles visiones, sangrientas escenas, montones de cráneos machacados, corazones lacerados. manando sangre, cuadros todos de horror, cuadros de espanto!

Al día siguiente, contaba con que Josefina, si no era culpable, procuraría verme temprano y se explicaría conmigo. No sucedió así. La primera que salió, ya entrado el día, fué Mrs. Jackson. La pobre señora comprendía mi pena, á la que era completamente extraña, y trató de brindarme algún consuelo, sentándose á mi lado. Pero yo estaba inconsolable. Sangraba la herida que había recibido en el corazón y en mi amor propio, ofendido y nada podía hacer ella para cicatrizarla.

Al cabo de un largo rato bajó el resto de la familia, el Capitán con Josefina, á quién, ahora no abandonaba un solo instante. Por mi parte yo, cegado por los celos que me devoraban, creía notar en ésta cierta satisfacción en estar á su lado. Dado el primer golpe no te-

nían ya porqué disimular por más tiempo. La comedia seguía representándose con atrevido descaro ante mis propios ojos. Habían entre ellos acordado mi *congé* (licencia, pasaporte) indefinido y adoptado aquel medio subjetivo de notificármelo.

Pero no había vapor ese día y, comprendiendo que en semejantes circunstancias, era estúpido para mí permanecer por más tiempo en aquella casa pretexté una visita á las Osorios, que nunca pensé en hacer y me dirigí á la Restinga á casa de otras amigas donde pasó el día; y cuando calculé, ya avanzada la noche, que todos se habrían retirado á sus aposentos en la posada, entré yo al mío y me arrojé, vestido, sobre la cama.

Parecían cosas de chiquillo esa fuga de la casa y la entrada furtiva en mi aposento y sabía que menos, ridículo habría sido tomar un bote y regresar á Panamá, sin despedirme de nadie; pero abrigaba aún la esperanza de obtener alguna explicación de Josefina. Mas, á la mañana siguiente, cuando salí para embarcarme, reinaba en la casa profundo silencio. Todos dormían. Yo imaginé encontrarla en el balcón y, risueña, correr hacia mí á darme la satisfacción que tanto anhelaba. Mi desencanto fué completo.

Bajé silencioso la escalera y, al verme ya fuera, á algunos pasos de la casa, volví la cara, con la última esperanza de contemplar la esbelta figura de Josefina, asomada al balcón, diciéndome adiós con el pañuelo. Mas nadie había allí.

El último destello de mi última ilusión se extinguía al primer soplo del aura y sentí dos gruesas lágrimas rodar por mis mejillas. ¡Eran las primeras que vertía en mi vida! Y ya era todo un hombre!

Una vez en el vapor dije adiós, para siempre, á esa encantadora isla donde había pasado los más sublimes días de mi existencia, adiós á la única mujer que hasta entonces había turbado mi reposo, adiós á los dorados sueños que juntos habíamos acariciado. Dije adiós á todo; por-

que llevaba en el alma el convencimiento de que aquella separación sería eterna.

Pasaron algunos minutos y á mi profundo dolor sucedió algo así como el furor de desencadenado huracán. La tempestad que bullía en mi cerebro se desató contra ella, contra Josefina, la ingrata, la coqueta, la hipócrita. *Ella*, con su cara de angel no era más que una Venus tentadora, sin conciencia, sin alma, sin corazón. La blancura inmaculada de su tez no era más que la máscara con la cual se presentaba á los corazones ingénuos como el mío. El carmín de sus labios era la carnada que arrojaba á los tontos para atraerlos en cuerpo y alma, hipnotizados por la deslumbradora mirada de sus ardientes ojos.

Todo en ella era falso, falso, falsa la sonrisa de esos mismos labios, falso el fulgor de sus ojos, falso su corazón, falso su amor, falsas sus promesas. Todo falso, falso, falso, completamente falso!

¡La vil coqueta! No hacía tres días habíame jurado eterno amor y menos de un año había trascurrido cuando fingió preferirme al Capitán. Entonces él era pobre. Hoy, Carlos, adornado con su título de heredero universal de una regular fortuna, podía competir conmigo en su corazón.

¡Tonto de mí que había creído habérmelas con una familia honrada y desinteresada, cuando las Jackson no eran más que mujeres de negocio! Pobre el Capitán, no podía rivalizar conmigo, y por eso Josefina lo rechazó, rico era superior á mí, puesto que no tenía padres á quienes respetar y obedecer. Mostróse aquélla tímida conmigo cuando creyó que mis padres podían despreciar su belleza. Hoy, era ella quién me enviaba á pasear quedándose con el hombre á quién antes había abandonado por mí. Aquello era infame. Pero también era cruel....

Cuando llegué á casa de mis padres estaba pálido, demacrado. Dos noches de insomnio y la tempestad que rugía en mi cerebro daban á mi semblante cierto aire en-

fermizo, de tal modo que mi madre, al verme me creyó realmente enfermo.

X

Juré no volver más á Taboga y conté á Joaquín todo lo sucedido.

—Casi me han marchado de la casa, le dije. No se han atrevido á decírmelo claramente; pero se han valido de ese efugio para notificarme que son inútiles mis visitas, que no debo volver más. Y bien saben ellas que no volveré.

—No volveremos, repitió mi amigo entre grave y burlón, pues suponía que yo exageraba las cosas y que, como en meses pasados, estaba celoso del Capitán, sin motivo alguno plausible.

—No te burles de mi infortunio, volví á decirle. Las cosas han pasado como te lo cuento. Y lo que más me duele, lo que más me mortifica, es que la misma Josefina haya aceptado tan infame papel, después de las protestas de amor que me hizo en la carta que tú conoces. ¿Por qué no me habló entonces con franqueza? Así me habría evitado este bochorno.

Trató entonces de consolarme y volvió á jurarme, ya con toda seriedad, que él tampoco regresaría más á esa maldita isla.

—Después de todo, prosiguió sentenciosamente, no hay mal que por bien no venga. Sepa Dios en qué berengenal nos íbamos á meter los dos.

Por muchos días no volví á hablar más de Josefina, ni de su isla; pero no me fué posible olvidar ni á la una, ni á la otra un solo instante. El amor que profesaba á aquella joven había echado muy hondas raíces en mi corazón. Su níveo rostro, sus ojos de radiante mirada, sus carmíneos labios, su cabellera de ébano, su cuerpo de sílfides, toda ella, en fin, no se apartaba un momento de mi mente. La tenía presente noche y día, á todas horas, constantemente.

En el almacén trabajaba con ardor y por la noche jugaba poker, billar ó dominó en el Club. Hacía cuanto humanamente podía para no pensar en ella; pero nada. El recuerdo de su rostro angelical me seguía á todas partes, como sigue la sombra al mismo cuerpo que la produce.

Insensiblemente íbame por las tardes, al salir de la oficina, á las Bóvedas y desde allí extasiábame contemplando esa isla donde había pasado días de ventura, días que estaban ya lejos y que no volverían quizás.

Allí mismo, á la débil luz del sol poniente, reposaba en mi imaginación la historia toda de nuestros amores, desde el día en que, pálido y enfermizo, llegué á la hospitalaria casa de Mrs. Jackson, acompañado de Joaquín, hasta la mañana en que, triste y solitario, perdidas todas mis esperanzas, atropelladas mis ilusiones, abandoné, por última vez, la misma casa.

Cuando primero ví á Josefina venir del baño con su hermana, suelta su hermosa y negra cabellera y los pies desnudos. Salían del bosquecillo que conduce al Sanatorium y al Ancón y presentaban todos los encantos de una aparición fantástica de un cuento de hadas. Luego vino la presentación en el comedor, los recuerdos de la infancia, sus preguntas sobre mis viajes y la historia de la antigua opulencia y ruina de su madre. Más tarde fueron los paseos por el pueblo, á la Restinga y aquella inolvidable ascención al Morro, donde, exaltado por el glorioso panorama que presentaba la bahía con sus innumerables islas y la ciudad de Panamá, cuyas murallas, torres y casas doraban los últimos rayos del sol, sentí, por vez primera arder en mi interior el fuego de mi intenso amor; y cuando iba á declarar á mi jóven compañera esa pasión, una alegre carcajada hizo que expiraran las palabras en mis labios.

Mas tarde, esa misma noche, ya en mi cama, asaltáronme escrúpulos de conciencia, motivados por el temor de que mis padres fueran á oponerse á ese naciente amor. Y fué terrible aquella lucha entre una pasión que invadía todo mi sér con la rapidez de las llamas de un incendio, y

el deber de un hijo á quién la gratitud y el cariño exigían obediencia. Varios días duró aquel combate sordo, en el cual salió, al fin, triunfante la pasión ardiente que aquella jóven intocada me inspiraba.

Me entregué entonces, por completo, en brazos de aquel amor irresistible y pasó al lado de mi amada días de incomparable ternura. La llegada á la isla de un Capitán de infantería interrumpió ese idilio, el cual volvió á renovarse, quizás con mas celestial encanto, después de mi formal declaración en el memorable baile aquel que me hizo rabiar de celos al principio para gozar, más luego, de todos los encantos de una música arrebatadora y de las delicias que produce en el alma el sonido de un *Sí* arrancado á la mujer amada en medio del torbellino de un valse y de la revolución de luces de colores de aquella sala de baile adornada, expresamente, para ahogar los suspiros de dos seres que se olvidan en un entusiasta abrazo de amor.

A esa noche siguieron días bonancibles y llenos de dulzura, sin disputa alguna los más bellos de mi existencia, días que se prolongaron hasta el de mi partida que fué triste, como triste y patética fué también la despedida. Alejábame de la isla que tenía motivos para considerar como un paraíso donde la naturaleza había colocado á esa mujer de quién debía ser yo eterno compañero.

Mis frecuentes viajes á Taboga dieron, entonces, á nuestro amor un nuevo encanto. Sentíamos un indecible contento en vernos todas las semanas. Nos extasiábamos en largas conversaciones y, cuando más lejos nos creíamos del mundo y sus vulgaridades, el destemplado silbido del vapor, al anunciarnos la hora de la separación, nos volvía á la tierra. Con abrazos y protestas de amarnos eternamente despedíamosnos todos los lunes con la grata esperanza de volver á vernos el sábado próximo.

Duró algunos meses esa felicidad hasta que el mismo Capitán, tan detestado, vino á destruirla por completo .... Regresé entonces á mi ciudad natal con el corazón

destrozado, hecho girones, por la misma belleza á quién había levantado un altar en ese sagrado santuario ...

....Todos aquellos recuerdos pasaban por mi imaginación como pasan ante los ojos de los espectadores las vistas de cinematógrafo.

Mi madre, á quién habían principiado á inquietar mis frecuentes viajes á Taboga, vivía ya más calmada, viendo que hacía varios domingos que no me ausentaba de su lado; y yo, por mi parte, ponía gran empeño en ocultarle las penas de mi corazón.

Varios meses habían trauscurrido desde la escena que dejo descrita en el capítulo anterior y la tranquilidad no había vuelto á mi alma.

Abrigué al principio la esperanza de que Josefina me escribiría de cualquier modo explicándome su conducta, como lo hizo cuando Mr. Hudson comenzó á intervenir en nuestros asuntos. Pero ni una sola letra de ella recibí, y su silencio corroboró, á mis ojos, las sospechas que tenía de su infidelidad. Y aunque podía tener noticias de ella escribiendo á Manuelita ó interrogando á cualquiera de los amigos que con frecuencia iban á la isla, sentía no sé que mezcla de repugnancia y orgullo en confesar á los demás mis penas, que prefería devorar en silencio mi dolor. Y en cuanto á Joaquín, siempre me decía que era una tontería que siguiera yo pensando en una joven que no había sabido apreciar mi amor y mi hidalguía.

Este parecía, por su parte, completamente curado de su pasión por Cecilia; mas, como no encontraba placer sino al lado de las mujeres, habíase ahora apasionado por una trancesita que vivía al lado de su oficina. Admiraba yo, y al mismo tiempo envidiaba la consoladora facilidad con que mi amigo variaba el objeto de sus amores.

Por aquel tiempo tuvo mi padre necesidad de enviar á uno de nuestros agentes á un viaje de negocios por las repúblicas de Centro América y yo le supliqué me dejara ir en su lugar.

Los viajes, me decía yo, la vista de otros países, otros escenarios y otras mujeres, quizás calmen mi dolor, ha-

ciéndome olvidar á Josefina. Yo había enflaquecido bastante y mi padre, pensando que ese viaje podía hacerme provecho, accedió á mi súplica y me recomendó estudiara bien aquellos países, pues pensaba establecer una sucursal de nuestra casa en la capital de una de las cinco repúblicas Centro americanas.

Partí, pues, para esos lugares.

Sus largos meses estuve fuera del país. Visité todas las principales ciudades del Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica; ví espléndidos paisajes, crucé grandiosos escenarios, me relacioné con las principales familias de esos lugares, me rocé y hasta llegué á agradar á hermosas y acaudaladas señoritas; pero, nada encontré comparable á las playas de Taboga ni ví mujer alguna que pudiera rivalizar, en belleza, con Josefina.

Regresé, pues, á la casa paterna en medio de la alegría de mis padres, habiendo desempeñado fielmente mi comisión y ensanchado los negocios de la casa. Mi padre quedó satisfecho de mí. Fué mi viaje de gran provecho comercial; pero trajo á mi espíritu el convencimiento de que, sin Josefina, no había felicidad posible para mí.

Después de abrazar á mis padres fuí corriendo á casa de Joaquín. Era la hora de la siesta y lo encontré tendido en su hamaca guayaquileña, el rostro inundado de sudor. Hacía un calor de 32 grados.

Al escuchar mi voz que le llamaba *¡Joaquín!* saltó de la hamaca y corrió hácia mí.

—¡Qué sorpresa!, díjome verdaderamente sorprendido. ¿Cuando llegaste?

—Ahora mismo, le contesté. No he hecho más que abrazar á mis padres y he corrido á charlar contigo.

—Supongo que tendrás muchas cosas que contarme.

—Al contrario, vengo para que tú me cuentes lo que ha sucedido por estos parajes durante mi ausencia. ¿Has vuelto á Taboga?, le pregunté, ansioso como estaba por saber de Josefina.

—¡Hola!, exclamó mi amigo con entusiasmo. Piensas todavía en Taboga. Eso me demuestra que las bellas y elegantes centro americanas no valen nada, cuando no han sido capaces de arrebatarle tu corazón á Josefina.

—Te equivocas, le contesté. Hay en esos países mujeres preciosas, sobre todo en Guatemala; pero ¿qué quieres? No todas las mujeres, por hermosas que sean pueden inspirarnos el mismo sentimiento.

—Lo cual, traducido al idioma vulgar, quiere decir que sigues amando en secreto á Josefina.

—Y *malgré moi*, como diría un francés....Y, á propósito de francés ¿cómo te va con tu madita?

—Me vá que no me ha ido absolutamente, contestóme Joaquín con alegría.

—Figúrate que un día, después de haberla estado galanteando, desde el balcón de mi oficina, escribí á la madre pidiéndole permiso para visitar la casa, permiso que me fué concedido. Esa misma noche me acicalé lo mejor que pudo y me presentó en casa de mi francesita donde fuí recibido con la mayor amabilidad. Pasé á su lado un delicioso rato y, al despedirme, me instó la madre para que no dejara de seguir frecuentándolas y, ya comprenderás, que no me hice repetir dos veces tan galante invitación. Seguílas, pues, visitando y, para no cansarte, te diré que nuestros amores progresaron hasta el punto de atreverme, una noche, á darla una cita, en cierto lugar que á tí poco te importa saber, cita á la cual acudió la madita, después de vencer sus escrúpulos de vírgen y burlar la vigilancia de su madre. Lo que entre los dos pasó entonces no tengo porqué dártelo á conocer; pero lo que no te ocultaré es que, al día siguiente, temprano, recibí un papelito de ella, escrito con tinta morada, pidiéndome veinticinco pesos prestados. Se los mandé; pero, comprendiendo la clase de pájaros que estaba cazando, me retiré de la casa *per omnia secula*....

—Total, una conquista más que agregar á tu gloriosa

lista. Pero, dime algo de Taboga. ¿No has vuelto á ver á las Jackson?

—Sí, hombre, sí. Y no solo las he vuelto á ver sino que, no pudiendo yo, tampoco, resistir á mi pasión por Cecilia he quebrantado la promesa que te hice ahora meses; pero, aguárdate un momento que es ésta una larga historia que tengo que contarte con todos sus detalles y que habría guardado para mí si vinieras curado de tu amor por Josefina. Pero, puesto que ese par de hermanas han ejercido y ejercen tal influencia en nuestros corazones, paciencia y que suceda lo que Dios quiera, prosiguió Joaquín, volviendo á su principio de tomar las cosas como se presentan y sirviéndose del nombre de Dios solo por costumbre.

Luego me hizo sentar en la hamaca, tomó él una silla, sentóse, á su vez, á mi lado y principió de esta manera:

—Haré fiesta tu llegada y no iré hoy á la oficina; porque es largo lo que tengo que decirte. Persígnate y escucha.

Dos meses después de tu partida y cuando ya había terminado con la francesita, antojósome un día ir á Taboga. Por largo tiempo, deseando engañarme á mí mismo, me había visto obligado á engañarte á tí también respecto á mis verdaderos sentimientos por Cecilia y llegué hasta á jurarte que nunca más volvería á pensar en ella.

Al principio creí con toda sinceridad, poder cumplir fácilmente mi palabra y te aseguro que, mientras estuve enredado con la ~~maldita~~, el recuerdo de aquella, la primera, se borró, casi por completo de mi mente.

Pero, al romper con la otra, la segunda, sentí un gran vacío en mi existencia. Tú no estabas aquí para guiarme con tus sabios consejos y consolarme con tu amistad y....volví á pensar en Cecilia.

Fastidiado una tarde me largué á Taboga.

Pero, ya en la isla, no pude resistir la tentación de ir á visitar á las Jackson, de quienes no tenía motivo alguno de queja.

Fuí, pues, á verlas y me recibieron con los brazos abiertos. Nadie extrañó mi larga ausencia, pues todos conocían mis relaciones con Cecilia y, aunque no las aprobaban, tanto Mrs. Jackson, como Josefina las veían con la mayor indiferencia, pues confiaban en la fortaleza de aquella.

Mas no sucedió lo mismo respecto á tu persona. Hiciéronme varias preguntas relacionadas con tu separación y tu viaje y yo tuve que inventar la mar de mentiras para no darles á conocer los motivos que te habían obligado, primero á retirarte de la casa y, después á ausentarte del país.

Solo Cecilia y la vieja me hablaron de tí, pues Josefina, á quién encontré triste y enfermiza, no movió los labios en aquella ocasión.

Yo, por mi parte, al ver á Cecilia más hermosa que nunca no pude resistir la tentación de hablarla y tratarla como en mejores tiempos.

—Total, interrumpí á mi amigo, que volvieron á encenderse las mal apagadas cenizas de tu amor.

—Cabal, prosiguió éste. Desde aquel día seguí yendo á Taboga con bastante regularidad y hoy nuestros amores están en el mismo pié que hace un año, sin poder augurar cual sea el desenlace de esta fatal pasión.

—Ese desenlace, le repliqué yo, no es difícil predecirlo. Cecilia será tuya el día que tu quieras hacerla tuya. Ella te ama, es apasionada, ardiente, sensual, cometió un error al casarse con un hombre tan frío con Mr. Hudson....Pero, sigue, ardo en deseos de saber algo de Josefina. Se casa, al fin con el Capitán?, preguntele lleno de ansiedad.

—Ni con él, ni con ninguno, contestóme Joaquín. Escucha todavía, que falta la parte que más te interesa.

Bien sabes que lo que Mr. Hudson se proponía en un principio era hacer todo lo posible para que te retirases de la casa y salvar así á su cuñada de un peligro que él creía inminente, pues te consideraba demasiado jóven y falto de carácter para que hicieras nada contra la volun-

tad de tus padres y, estaba seguro de que éstos jamás consentirían en que tu te unieras en matrimonio con Josefina.

La llegada del Capitán Carlos á Taboga favoreció, á las mil maravillas, su proyecto. La madre de éste había muerto, como tu también sabes, dejándole una regular fortuna.

Al verse aquel en posesión de esas riquezas pensó nuevamente en hacer suya á Josefina, halagándola con su nueva posición. Pidió su baja en el ejército y fué á pasar unos días á Taboga so pretexto de esconder allí su pena; pero en realidad, con el objeto de hablar á Cecilia y participarlo sus serias intenciones con respecto á su hermana.

Creyó aquella de su deber consultar el punto con su marido y éste, hombre de negocios antes que todo, vió en el antiguo y renovado pretendiente de su cañada un futuro socio capitalista para llevar á buen término su empresa minera en el Ecuador. Estaba ésta en vísperas de fracasar por falta de fondos y el Capitán se presentaba como su salvador. No podía pues, dejarle partir. Había que aprovechar tan inesperado concurso é ideó el plan que tu conoces y que puso ese mismo día en práctica.

Mas, ni el ni su esposa que le apoyaba, contaban con la resistencia que les opondría Josefina, á quién suponían menos carácter.

Trataron, primero, de alejarte de la casa por medios pacíficos, haciéndote ver que Josefina no pensaba en tí, que prefería al Capitán y trataron de alejarla, siempre que pudieran, de tu lado.

Pero las cartas que ustedes se cruzaron te explicaron la situación y con tus contínuos viajes á Taboga quedó frustrada la primera parte del plan de Mr. Hudson.

El Capitán, previo el permiso de Cecilia, bizo nuevamente, y de una manera descarada, la corte á Josefina. Seguíala á todas partes, mientras tu estabas en Panamá. No la abandonaba un solo instante y hablábale constantemente de su posición por ella, brindándole todo

género de felicidades futuras si consentía en ser su esposa; pero aquella se mostró siempre indiferente á todas sus demostraciones y sorda á todas sus promesas.

Viendo entonces Mr. Hudson la repugnancia que su cuñada mostraba por su protegido y convencido de que tu eras el principal obstáculo que tenía que apartar para lograr su objeto, montó en cólera contra tí y resolvió mortificarte, hasta obligarte á separarte para siempre de la casa, lo cual consiguió, como tu mismo me has contado.

Salvado aquel escollo creyó poder triunfar, también, de Josefina. Pero encontró en el amor de ésta por tí y en su constancia un invencible enemigo. Aquel angel te ama con delirio y habría preferido morir antes que entregarse en brazos de otro hombre. Fueron tantos los desprecios que hizo al Capitán que éste resolvió, como en meses pasados, levantar el sitio y tocar retirada.

Desbaratado por completo su plan toda la furia de Mr. Hudson y su mujer la descargaron contra Josefina, quién se sentía fatigada de la lucha.

Maldecíala Cecilia sin cesar y llamábala coqueta y mala hija, pues no podía tolerar, decía ella, que su hermana, por una aberración amorosa, despreciara tan excelente partido y destruyera todas sus esperanzas de mejorar de fortuna y crearse una posición en la sociedad panameña. Esto último no lo decía; pero sí lo pensaba.

Hasta tu, en quién sin embargo reconoceu un buen sujeto, llegaste á tomar tu parte en los frecuentes improperios que Mrs. Hudson prodigaba á su hermana.

Josefina sufría en silencio, llena de resignación, todo aquel diario aguacero de insultos hasta que la salud, demasiado probada ya, faltóle por completo.

Estando ella enferma partiste tu para Centro América y Carlos aprovechó aquella circunstancia para volver á Taboga á propagar la noticia de que tu ibas á establecerte en Guatemala, con la firme intención de no regresar más al país. Ponderó la belleza de las guatemalte-

cas ó hizo comprender á la familia que, con un corazón impresionable como el tuyo, pronto olvidarías á Josefina, si no la habías olvidado ya, y casarías con una rica heredera de allá. Por último, explotó tu viaje de cuanta maneras pudo en su favor. Tu silencio, inexplicables para ellas, sobre todo para Josefina, contribuyó á que ésta última diera cierto crédito á la especie del Capitán.

Operóse entonces en ella un cambio sorprendente, una especie de fenómeno sicológico. Viósela, de allí en adelante, sonreir y mostrarse alegre y hasta coqueta con el Capitán, quién creyó haber ganado, al fin, la batalla decisiva.

Pero, demasiado seguro de su triunfo, en lugar de procurar alejar de la mente de Josefina todo recuerdo de tí y tus amores, dióse á la ingrata tarea de desacreditarte á sus ojos y aquella, cuyo cambio en su carácter,—cambio que había sido solo momentáneo y casi forzado por la apariencia de las cosas,—le había producido una nueva crísis, se vió obligada otra vez á hacer cama, pero no sin haber antes rechazado con toda energía las tercas pretensiones de Carlos

Retiróse éste de la casa tanto más abatido, cuanto había creído ya coronados sus esfuerzos; y, pocos días después de su partida, recibió Mr. Hudson una carta de Guayaquil llamándole con urgencia. Su presencia allí era necesaria, indispensable y tuvo que partir.

Solas ya las Jackson, frustradas todas las esperanzas de Cecilia, abandonada nuevamente por su marido, Josefina moribunda en su cama, la madre de ambas inculpó á la hermana mayor todo lo que había pasado. Esta, libre ya también de la fatal influencia de su marido, reconoció su falta, deploró lo acontecido y lamentó tu separación. Trató entonces de corregir su error, en lo posible, mostrando al lado de su hermana toda la abnegación de que son capaces las mujeres en tales circunstancias y, gracias á su cuidado, mejoró Josefina.

En tales circunstancias me presenté yo en la casa y los

informes que entonces dí de tu persona, sin hacerlas concebir nuevas esperanzas, contribuyó sinembargo, al restablecimiento de aquella.

—Pero, agregó Joaquín para concluir. Todavía está débil y triste. Tu vista la consolará.

Había escuchado con atención, casi sin interrumpirle, la larga narración de mi amigo; pero al tiempo que la escuchaba había pasado por todas las impresiones imaginables. Celos, desesperación, rabia, amor y agradecimiento hácia ese ser angelical que había sabido serme fiel, á pesar de las apariencias que me hacían ingrato é inconstante á sus ojos, y mostrarse con más energía que yo. Y tuve vergüenza de mí mismo al recordar como había ofendido, en mi pensamiento, á la mujer que así había padecido y padecía aún por mí. Y me consideré como un monstruo á mis propios ojos. ¡Cómo! ¿Era posible que una joven de pueblo hubiese mostrado más fidelidad, energía y carácter que yo que me preciaba de conocer el corazón humano?

Al salir del aposento de Joaquín llevaba la firme intención de escribir á Josefina una larga carta contándola todos mis sufrimientos y pidiéndola perdón por todas las sospechas que de su amor y su constancia me habían hecho concebir las apariencias. Llegaría hasta ofrecerla mi mano y contraería con ella un solemne compromiso, aún sin la voluntad de mis padres y hasta contra esa misma voluntad, si ellos se empeñaban en oponerse á mi felicidad. Quería reparar la falta que había cometido, mostrándome tan celoso y tan crédulo, y recompensar así á Josefina todo lo que por mí había sufrido.

Fuí, como de costumbre, esa tarde, á las Bóvedas y por la milésima vez contemplé esa isla encantadora que tantas veces había ponderado y otras tantas maldecido.

Había llovido aquella tarde y los montes vecinos, de tonos azulados, veíanse coronados de espe-

sas nubes blanquecinas que parecían otras tantas pelucas canas, colocadas sobre las distintas cabezas de algún mónstruo. Escondíase ya el sol detrás de los cerros de Farfán y alto, bien alto en el cielo, algo así como un lago de brillante azogue, ó la superficie plana de un espejo, reflejaba la luz del astro de la tarde sobre las nubecillas esparcidas en el espacio que presentaban, á su vez, matices encarnados, opalinos, dorados y argentados, mientras los espesos nubarrones cenicientos, que formaban como un fondo de humo, hacían resaltar los cambiantes colores de ese cuadro sublime. Al oriente, reflejábanse, así mismo, sobre el mar y sobre el cielo, pero más debilmente las variaciones de color que hacían los rayos de luz descomponiéndose en el aire. Y á medida que se ocultaba el sol iba desapareciendo paulatinamente todo aquel grandioso efecto.

Ahora, por entre la bruma que levantaba el mar en su rápida evaporación, parecióme ver, como en un sueño, la esbelta figura de Josefina, de elegante belleza, que se alzaba rígida, sobre la mojada arena de la playa. Oh! dulce ilusión del ojo enamorado!

Allí me sorprendió la noche y cuando regresé á la casa iba satisfecho, pensando en que todavía podía ser feliz al lado de aquel angel.

XI

Dos días después de mi regreso á Panamá era domingo y Joaquín partía para Taboga llevando una carta mía para Josefina. Habíamos convenido en que yo la escribiría anunciándole mi llegada. Decíala, además, en aquella carta, que tenía ansias de verla y la pedía perdón por haberla hecho sufrir tanto. Hacíala nuevas y fervientes protestas de amor y concluía así:

"Si es verdad que en tu pecho no se ha extinguido aún la llama del amor que, en otro tiempo, me profesabas, estoy dispuesto á volver á tu lado y hacerte mía para siempre. Si tu me amas, todavía podemos ser felices. Yo sabré convencer á mis padres que tú eres la mujer que me conviene por esposa y que nadie, sino tú, podrá satisfacer las ambiciones de mi corazón. Y una vez obtenido su consentimiento tu mamá y Cecilia no se atreverán á oponerse á nuestra felicidad. Tengo fé en lo porvenir. Es imposible que Dios permita que sean desgraciados dos seres que se quieren tanto."

Suplicaba también á Josefina que me indicara un sitio donde pudiéramos vernos, sin que lo sospechara Cecilia, pues mi orgullo sufriría mucho si nuevamente me presentaba en la posada después de la manera indigna con que había sido tratado, de hecho y de palabra.

Volvió Joaquín al día siguiente con la respuesta tan deseado. Sí, Josefina seguía amándome. Ni un solo instante había dejado de pensar en mí, durante mi larga ausencia. Por mí, cuánto había ella sufrido! Por mí había despreciado una fortuna, y por mí había sufrido los insultos de su hermana y los ultrajes de Mr. Hudson. Hasta su misma madre se había revelado contra ella.

Si mis celos no me hubieran puesto, algo así como una venda en los ojos, podría haber visto que ella jamás consentiría en ser la esposa de otro hombre que yo. Mi orgullo y mi amor propio habían colocado una barrera entre los dos. Y más quise escribirla, cuando ella estaba dispuesta á darme toda clase de satisfacciones. Y por su parte, su vanidad de mujer ofendida en sus más caros sentimientos, la habían también impedido darme una explicación que yo no pedía. Yo había dudado de ella y eso no podía perdonármelo.

Pero puesto que yo seguía amándola y que nada en este mundo nos separaría en adelante, me supli-

caba que olvidáramos lo pasado y que fuera á verla lo más pronto posible, que ella me recibiría en sus amorosos brazos. En cuanto al sitio donde podíamos vernos, indicábame la casa de su amiga Manuelita que conocía todos sus secretos. Allí no había riesgo de que nos sorprendiera su hermana; porque ésta, después de todo lo ocurrido y de la vuelta de Joaquín se sentía como avergonzada y á ninguna parte salía.

El alivio que la carta de Josefina trajo á mi espíritu fué inmenso. Al fin volvería á verla y encontraría otra vez en ella el mismo ferviente amor ¿Hallaría también la misma dicha á su lado?

Con cuanto placer volví, días después, el sábado siguiente, á embarcarme en la chalupa del Canal, la Luisa, como lo había hecho por primera vez, hacía ya cosa de año y medio. Como en aquella época iba con el mismo rumbo, hacia Taboga, pero entonces viajaba en busca de la salud que hacía falta á mi cuerpo, y ahora navegaba con la esperanza de reconquistar la tranquilidad de que tanto necesitaba mi espíritu.

Una vez en la isla dirigíme a casa de Manuelita quién mucho se alegró al verme. No tuve que entrar con ella en explicaciones de ninguna clase. Josefina la había participado mi llegada á Panamá y entre las dos habían acordado la manera de vernos, que aquella me había comunicado por escrito.

Después de cambiar algunas palabras conmigo mandó llamar á Josefina, con el pretexte de enseñarle unos géneros para trajes que le acababan de llegar.... Pocos momentos después caía esta en mis brazos sin sentido. Aunque no era mucha la distancia que separaba las casas de las dos amigas Josefina la había salvado corriendo y la agitación de esa carrera, el estado de debilidad en que se hallaba y la repentina sorpresa que le había causado mi vista, después de tan larga ausencia, la habían hecho desmayarse.

Al verla, así desfallecida entre mis brazos, con su rostro de una palidez mortal, creyendo que ahora, sí, iba á perderla para siempre, la besé con delirio en la frente; y al contacto de mis ardientes labios despertó nuevamente á la vida. Dirigíome entonces una lánguida y cariñosa mirada que encerraba todo un poema de amor y, desplegando sus desteñidos labios me dijo quedo, muy quedo:

—Perdona mi debilidad. ¿Pero no es cierto que también se puede morir de placer?

—Sí, la contesté estrechándola fuertemente, con pasión, contra mi pecho.

En mi locura amorosa había olvidado la presencia de Manuelita, á quién supliqué disimulara nuestro entusiasmo y nuestra debilidad. Díjome entonces, con exquisito desprendimiento, que no tuviera cuidado por ella y que iba á abandonar la pieza y dejarnos solos para que desahogaramos nuestros corazones.

Bastante necesidad de ello teníamos en verdad.

Al dejarnos Manuelita hice sentar á Josefina, sentéme yo, también, á su lado y allí, á la luz mortecina de la tarde, que entraba por las puertas y ventanas, pude examinarla detenidamente.

Estaba muy cambiada. Sus ojos, siempre bellos, no tenían ahora el mismo brillo de antes, su tersa frente parecía más diáfana que en otros tiempos, el carmín de sus labios había desaparecido casi por completo, todo su rostro presentaba una palidez de muerta, reveladora de crueles padecimientos. También había adelgazado mucho; pero era siempre la misma Josefina, adorada y adorable y, radiante de hermosura.

Examinóme también ella con atención y al cabo de algunos minutos de silencio exclamó:

—¡Al fin, volvemos á estar juntos!

—Sí, la respondí, y ahora para no separarnos más.

—¿Verdad?, me preguntó con alegría.

—Te lo juro, contesté lleno de confianza en lo porvenir.

Luego volvió ella á decirme con ternura:

—Si me parece un sueño todo lo que ha prsado! Pero, ¿por qué te fuiste tú aquella mañana sin despedirte de nadie?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Acaso era difícil comprender toda la maquinación de tu hermana y Mr. Hudson? ¿No se veía claramente que lo que querían era deshacerse de mí para que tu te casaras con el Capitán?

—Sí, era eso lo que pretendían; pero, ya ves, todo lo he despreciado por tí, agregó, alzando hacia mí sus húmedos ojos.

—Gracias, la repliqué. Eres un angel y yo he sido cruel contigo.

Contome entonces todo lo que ya me había referido Joaquín y lo mucho que había sufrido con mi ausencia.

Lo que había pasado era obra exclusiva de Mr. Hudson, á quién Cecilia no se atrevía á contradecir en nada Fué él quién, expresamente, hizo que salieran de paseo la última tarde que estuve yo en la isla, justamente para que yo no las encontrara en casa y empezara así á tener sospechas de Josefina. Ella, para no acompañarles, pretextó un dolor de cabeza; pero nadie la creyó y la obligaron á ir con ellos.

Cuando regresaron y me vió, solo y triste, asomado al balcón, comprendió que yo estaba molesto con ella, porque no había ido á recibirme á la playa, como de costumbre y sintióse tan apesadumbrada que no supo que hacer.

Más tarde, en la mesa, el Capitán la fastidió con su charla y cuando, después de comida, subieron á la sala, quiso llamarme para que los acompañara, pero su hermana la dijo que era inútil; por que yo estaba muy distraido con Mr. Heggs y á mí me gustaba más la compañía de los extranjeros que la de los paisanos; pero, después, mandó á llamar á Carlos con el pretexto de que éste no entendía inglés é iba á fastidiarse á nuestro lado.

Esa noche no me vió más y, al saber que yo había salido solo, tuvo presentimientos de que no volvería á verme y le fué preciso contener las lágrimas qus se agrupaban á sus ojos, para no llorar delante de gente extraña.

Al día siguiente quiso explicarme la situación; pero como yo no volví más á la casa nada pudo decirme.

La mañana de mi partida sintió cuando yo me levanté y quiso ella hacer otro tanto; mas Cecilia la sorprendió vistiéndose y la obligó á acostarse nuevamente. Me sintió bajar la escalera, oyó el silbato del vapor y pensó que, conmigo, se alejaba para siempre de esas playas toda su dicha. Lloró entonces amargamente la pérdida de todas sus esperanzas, los acariciados sueños de un alegre porvenir. Su vida quedaba para siempre tronchada.

—Lo demás tu lo sabes, me dijo con exquisita ternura.

—Sí, la contesté; pero no pensemos más en cosas tristes. Ocupémonos ahora en lo presente, y la estreché las manos, que había conservado entre las mías.

Su larga relación la había fatigado demasiado. Necesitaba un momento de reposo. Mi reloj marcaba las diez de la noche. Habíamos estado juntos cuatro horas, después de una ausencia de un año. Y pasan rápidas las horas al lado de la mujer amada!

Mucho teníamos aún que decirnos; pero ya era tarde y había que partir. Entonces nos abrazamos y nos confundimos en un solo ser. Yo partí prometiendola volver pronto á verla.

Reanudé entonces mis viajes á Taboga y tornamos á ser dichosos. Por muchas semanas seguimos viéndonos en casa de la buena Mannelita. Esta era, á su vez, feliz, pues pronto iba á unir su suerte con el jóven que había cautivado su corazón.

En cuanto á mí, encontraba cierto placer en aquellas visitas claudestinas. Parecíame como el principio de un nuevo amor.

Josefina, no teniendo ya nada que la afligiera, reco-

bró pronto su perdida lozanía. Tornó el color á sus mejillas, volvieron á encenderse sus labios y sus ojos adquirieron más intenso fulgor. Volvió á adornarse su cuerpo con natural robustez y entonces llegó á ser tentadora, como su hermana, pero más hechicera y también irresistible.

Ahora habíanme mis escrúpulos abandonado por completo. Convencido de que no podía olvidar á Josefina estaba resuelto á hacerla mía, aunque tuviera que desagradar á mis padres.

XII

Dos meses después de las escenas referidas en los capítulos anteriores trasladóse la familia Jackson á Panamá y continuó aquí, aunque con menos éxito, el mismo negocio de la isla.

Habíanse suspendido los trabajos del Canal, cerrádose el Sanitarium de Taboga y disminuido, por consiguiente, el entusiasmo por los paseos á ese lugar. El negocio de las Jackson se hizo imposible y, aconsejadas por varios amigos, vendieron la casa que allí tenían y vinieron á instalarse en esta capital.

Desde luego mis relaciones con Josefina tomaron un nuevo aspecto.

No hubo más viajes á esa isla encandora á donde, en bote ó en vapor, iba yo todas las semanas en busca de la felicidad que se escondía en sus risueñas playas. Allí, en la sala de una modesta casita, hablaba con entera libertad á Josefina, sin que nadie escuchara nuestras sencillas conversaciones amorosas y sin que nada turbara nuestra deliciosa tranquilidad, salvo el ruido que producían las olas al estrellarse contra las piedras ó el silbido de la brisa al colarse por entre los estrechos callejones del pueblo.

Manuelita, la buena Manuelita, no solo nos brindaba hospitalidad en su propia casa, sino también, con exquisita bondad, ayudaba nuestros proyectos.

Pero, ahora, todo había cambiado. Nuestro amor era siempre el mismo; pero el drama se desarrollaba en distintos escenarios.

Antes era una casita, medio oculta entre otras de mayor altura que subían como gradas hasta esconderse en el monte de verdosos tonos. Teníamos perennemente ante la vista la inmensidad del océano, en cuya superficie se dibujaban, por las tardes, esas gloriosas puestas del sol tabogano con la misma perfección con que se retrataba en nuestras pupilas esa otra inmensidad del amor que nos teníamos.

Había caído el telón y se había vuelto á levantar representando, ahora, el teatro una angosta y oscura callejuela en donde por todas partes tropieza la mirada con viejos muros cubiertos de polvo y telas de araña. Es una calle de Panamá.

Vense, de trecho en trecho, asquerosos postes de madera que sostienen en lo alto los alambres del telégrafo y la luz eléctrica, de los cuales cuelgan residuos de las cometas que vuelan los muchachos á toda hora del día. Allá, al final de la calle, se descubre el sucio balcón de una casa de alquiler, con paredes amarillentes y puertas y ventanas verdes. Es la casa donde habita la familia Jackson.

Por las tardes Josefina se asoma al balcón y aguarda allí mi salida del almacén.

Salgo, y, en la esquina opuesta, me clavo, como poste telegráfico, hasta la hora de la comida.

De allí la contemplo y la hago señas con la mano, señas que ella recoje con sonrisas y miradas estudiadas.

Hemos llegado á convertirnos en verdaderos monos, sirviendo de irrisión á todo el vecindario.

Siempre tuve para mí que aquel era el papel más ridículo que podía representar un enamorado y ahora ponía yo en práctica lo mismo que tantas veces había condenado. ¡Veleidades del amor que nos hace ver el ridículo en los demás sin inquietarnos por el que nosotros mismos provocamos.

A pesar de las instancias de Joaquín para que volviera á visitar á las Jackson quienes, me aseguraba él, me recibirían con los brazos abiertos, cierto escrúpulo de amor propio me impedía regresar á una casa, de donde había sido despedido de una manera tan inícua, sin que expresamente se me invitase por la misma Mrs. Jackson.

Mucho me repugnaba aquel modo de vernos y hablarnos, por demás vulgar y prosáico, de una prosa que no se compadecía con nuestras almas soñadoras; pero no había más remedio que adoptarlo, ó dejar de ver á Josefina.

Días pasaron y vinieron días sin que acontecimiento alguno notable ocurriera en el país, ni en nuestras relaciones. Nos veímos todas las tardes, y no hacíamos más que vernos, en la esperanza de que se presentara la oportunidad de comunicarnos nuestros proyectos para el porvenir.

No se hizo ésta aguardar mucho tiempo. Faltaba apenas una semana para el 28 de Noviembre, aniversario de nuestra gloriosa independencia, de ese fausto día en que un puñado de patriotas civiles, militares y eclesiásticos, reunidos en junta general y sin disparar un solo tiro declararon libre é independiente el Istmo de Panamá, por la sola voluntad del pueblo soberano.

Habían querido Joaquín y otros amigos celebrar tan memorable fecha con una velada en casa de las Jackson y yo había sido galantemente invitado por ellos, con asentimiento de Cecilia y su madre.

No podía presentarse mejor oportunidad para reanudar mis relaciones con la familia y demasiado necio habría sido yo si la hubiera desechado.

De aquella familia solo me separaba un pequeño sentimiento de amor propio. Joaquín había manifestado ya á la madre y hermana de Josefina que mis intenciones para con ésta eran de lo más puras y honradas y, también les había hecho comprender que, el día que yo quisiera arrancaría de mis padres el permiso necesario para unirme en matrimonio con aquélla.

Halagadas con tan atentadoras esperanzas descaron; desde ese día, que yo frecuentara nuevamente la casa, pero no querían aparecer como cómplices en mis amores con Josefina invitándome expresamente á ello y yo, por mi parte, no podía ir á verlas de otro modo. Pero el proyectado baile allanó todas estas dificultades.

Aquél tuvo lugar el día fijado y fué espléndido; pero no me detendré aquí en hacer la descripción de esa fiesta, de inolvidable recuerdo, en la cual Josefina y yo volvimos á olvidarnos del mundo para entregarnos por completo al amor y al placer.

Tampoco trataré de revelar las sensaciones que experimentó al penetrar nuevamente en el seno de la familia Jackson. Tanto Cecilia, como su madre me recibieron llenas de contento é instáronme para que siguiera frecuentando la casa y las tratara con la misma confianza de antes. Así lo hice después de aquel memorable baile y pronto volví á ser el amigo predilecto de la casa.

Fué entonces cuando pensé, con toda seriedad, en hacer á Josefina mi esposa y comunicar á mis padres mis proyectos.

Habíanme abandonado ya por completo todos los escrúpulos que en otros tiempos mortificaran mi conciencia. El amor todo lo encuentra hacedero y, en mi exaltación, solo pensaba en que Josefina era la única mujer que podía convenirme para eterna compañera de mi vida. Y estaba ahora tan resuelto á hacerla mía que me sentía con fuerzas para saltar todos los obstáculos que pudieran oponerse á la consecución de mi objeto.

Josefina era bella, de una belleza incomparable; Josefina era buena, de una bondad angelical; Josefina era honrada, de una honradez acrisolada; Josefina no tenía, pues, más defecto que ser pobre, si acaso la pobreza puede ser un defecto .. Pero Josefina era también ignorante, y aunque el mundo y la sociedad aprecien más la ignorancia que la pobreza, siempre he profesado el principio de que aquella es una de las principales fuentes de discordia en la familia. Era preciso, pues, elevarla á mi

nivel, educarla, instruirla. Entonces ni mis padres, ni el mundo podrían enrostrarme su ignorancia. Entonces Josefina, educada é instruida por mí, si la sociedad panameña la rechazaba, podía hacerla brillar en otras sociedades más cultas y civilizadas que la nuestra. Josefina bella, honrada, agradable é instruída no necesitaba más adornos.

Así se lo hice comprender con cariñosa astucia y consintió en que nuevamente la diera lecciones de inglés y francés y, aunque más que estos idiomas necesitaba conocer el suyo, contaba yo poder enseñarla el castelleno al corregirle las traducciones que me hiciera.

Adopté, pues, mi sistema sencillo y á la vez agradable para ella. Al principio la hice aprender palabras y frases cortas que la obligaba á copiar y repetir en los tres idiomas y, más tarde, cuando ya estuvo algo adelantada, la hacía traducir del inglés y del francés lecciones enteras de Historia Universal y, al tiempo de hacerle las correcciones, la iba explicando los diversos giros de nuestra lengua, hacíala notar los errores ortográficos y le indicaba en el mapa los diferentes paises, mares, lagos, rios, montañas etc. en donde se desarrollaban los acontecimientos de la historia que traducía.

Poseía Josefina un claro talento y en un espacio de tiempo, relativamente corto, adquirió algunos conocimientos de Historia, Geografía, Inglés, Francés, etc. y conseguí, así mismo, que llegase á hablar y escribir con bastante corrección el castellano. Jamás llegó á ser una mujer verdaderamente instruída; pero pudo ya redactar una carta decentemente y hablar de cosas cuya existencia jamás había sospechado.

Y así, entre dulces frases de amor y serias explicaciones científicas y literarias deslizábanse las primeras horas de la noche en la nueva casa de Mrs. Jackson.

Y entróle luego á Josefina una especie de locura por aprender, un ardiente deseo de saberlo todo que muchas veces me ví en aprietos para contestar algunas de las

preguntas que me hacía sobre cosas que, á primera vista parecen insignificantes.

A veces salíamos en compañía de Joaquín y Cecilia, á dar un paseo por los alrededores de la ciudad y entonces quería que le explicara cuanto por el camino veíamos. De noche, cuando el cielo estaba estrellado y hácia él alzaba sus preciosos ojos, quería que la dijera por qué algunas estrellas parecían pestañear, mientras que otras permanecían inmóviles. Y cuando yo la contestaba que las que nos parecían más quietas eran justamente las que se llamaban *estrellas errantes*, como los planetas y los cometas, mientras que las otras que *pestañeaban*, como decía ella, se las daba el nombre de *estrellas fijas*, admirábase de que nosotros viéramos en el cielo las cosas de distinta manera como son en realidad.

Viajaba entretanto el marido de Cecilia sin que ésta supiera, á punto fijo, donde se encontraba. Por más de un año no había tenido noticias de él y Joaquín seguía cortejándola; pero ya casi sin esperanzas de obtener otra cosa de ella que otro ósculo furtivo. Cecilia se mantenía firme en su honor y, aunque amaba con sinceridad á mi amigo, estaba resuelta á ser fiel á su marido, por sus hijos.

Como nosotros andábamos juntos por todo Panamá, sin que yo tratara de ocultar en absoluto mi posición por Josefina; y como las Jackson, por otra parte, para acallar las habladurías de los vecinos y, quizas también, porque en ello sentían cierto orgullo, á todo el mundo decían que yo había dado formal palabra de casamiento á su hija, no faltó quien llevara tales chismes á mis padres.

Al principio poca importancia dieron al asunto, aunque ya mi madre algo había llegado á sospechar por mis frecuentes viajes á Taboga. Mas una tarde encontróme mi padre en la calle, paseando con Josefina y por la noche, después de comer, me llamó á su cuarto, hízome sentar y me habló de esta manera:

—Tú eres un buen muchacho; no tengo queja alguna de tí, salvo uno que otro pecadillo, propio en jóvenes de

tu edad. Cumples con tu deber en el almacén. Eres sobrio y obediente con nosotros. Jamás, por nuestra parte, ni tu madre ni yo te hemos hecho ningún reproche. Pero tienes ahora ciertas relaciones sobre las cuales quiero llamarte la atención, pues quizás no hayas reflexionado en el perjuicio que éstas pueden traer más tarde para tí, y aún para nosotros.

Veía venir la tempestad tanto tiempo temida y siempre aplazada. Pero guardé silencio. Después de una ligera pausa continuó mi padre:

—Yo no soy un padre severo. Siempre te he dejado completa libertad en todas tus acciones. No tengo porque meterme en tus asuntos de mujeres. Yo también he sido jóven y he tenido fáciles amores con mujeres inferiores á mí en todo sentido. Esto es siempre criticable, pero, te lo repito, á veces puede ser excusable en jóvenes de tu edad. Pero, ahora, me han dicho, y yo he podido convencerme por mis propios ojos, que tú vives y mueres en casa de Mrs. Jackson, en donde dizque estás enamorado de la menor de sus hijas, que supongo es la joven con quién te ví esta tarde.

—Sí, señor, respondí con timidez, "ella es."

—Pues bien, prosiguió mi padre. Tú sabes que yo no soy ningún aristócrata; pero ocupo cierto puesto en la sociedad, que no deseo perder y que, por el contrario, quiero tú conserves después de mi muerte. Ahora ¿crees tú que puede ser bien visto que un hijo mío se pasee descaradamente por todas partes con una jóven que, por honrada que sea, nadie tomará jamás sino, cuando menos, por una futura concubina tuya?

La palabra era cruel para la mujer que más amaba en el mundo. Al oirla sentí la sangre subírseme á la cabeza y, si no hubiera sido mi padre quién la pronunciaba, quizás no habría podido contenerme y me habría arrojado sobre su persona. ¿Concubina una joven por quien estaba yo dispuesto á sacrificarlo todo con tal de hacerla mi esposa ante Dios y ante la Ley? ¿Concubina Josefina, la mujer más pura del mundo?

Quizás llegó á comprender mi padre lo que pasaba en mi interior, pues con tono más suave, agregó inmediatamente:

—Conozco á las Jackson. Sé que son muchachas honradas; pero sé también que eres el blanco de la crítica de todos tus amigos y los míos.

—¿Qué me importa á mí con mis amigos? dije entonces, no pudiendo contenerme por más tiempo.

—Puede que á tí nada te importe, prosiguió mi padre con toda calma; pero á mí sí. Y si no estuvieras cegado por la pasión que crees tener á esa jóven, estoy seguro de que también te importaría, no sólo por tí mismo, sino por tu madre y por tu hermana que está próxima á llegar de los estudios.

Hablaba mi padre con tal seguridad de espíritu y con tal convicción que me sentí anonadado y no supe qué responder. El siguió:

—Esto por un lado. Ahora, dime con toda sinceridad ¿qué intenciones tienes tú con esa joven? ¿Piensas hacerla desgraciada?

—Yo?, contesté con energía, jamás.

—¿Pretendes entonces imponérnosla como hija?

Su rostro había tomado ahora un aspecto grave, imponente. Pero yo contesté con toda calma, dispuesto ya á arrostrar todas las consecuencias del peligro que me amenazaba.

—No señor, yo no puedo obligar á usted ni á mi madre á que acepten á Josefina como hija, pero he prometido á ésta hacerla mi esposa ...

¡Insensato!, gritó él entonces sin dejarme concluir y

levantándose de su asiento. ¿Cómo te has atrevido á empeñar tu palabra sin consultarte primero, siquiera con tu madre? Te has detenido á reflexionar en el daño que nos causas con ese paso irreflexivo? Eres mayor de edad y libre, por consiguiente, de tus acciones. No te niego tu derecho para disponer de tu corazón y tu persona como á bien tengas. Te repito que no soy aristócrata y que si por mí fuera, nada me importaría que unieras tu suerte con la de cualquier joven honrada, con la misma hija de Mrs. Jackson, por ejemplo Pero tienes una hermana que, como también sabes, pronto ocupará el lugar que le corresponde en nuestra casa y en la sociedad. Debo pensar en casarla, y casarla bien, como es deber de todo padre. Ahora ¿crees tú que tienes también el derecho de sacrificar tu porvenir? ¿No comprendes que al contraer matrimonio con una joven que no es igual á tí ni en nacimiento, ni en instrucción todo el mundo te volverá la espalda y se la volverá igualmente á tu hermana? ¿Qué joven de nuestra sociedad querrá unir su suerte á la de la cuñada de la hija de una hostelera?

—Pero una hostelera tan honrada como cualquiera señora de nuestra sociedad, murmuré en voz baja.

—Sí, replicó mi padre ya más calmado, puede ser tan honrada como tú quieras, pero la sociedad tiene sus exigencias.

—La sociedad, repuse yo, en voz alta ahora, es muy injusta.

—No quiero entrar contigo en discusión sobre este asunto. Nuestras edades y nuestra respectiva situación nos hacen ver las cosas de muy distinta manera. Como te iba diciendo la sociedad tiene sus exigencias y el que no quiere someterse á ellas no le queda más recurso que retirarse de su seno.

—Es precisamente lo que he pensado hacer.

—¿Es, pues, tu amor por esa joven tan sincero que estés dispuesto á sacrificarlo todo por ella, hasta tu posición en nuestra sociedad, que muchos de tus amigos envidiarían?

—Nada vale esa posición para mí sin el amor de Josefina, le contesté con firmeza.

—¿Y estás convencido de que ella tambien te ama y de que, estando en tu lugar, hará otro tanto por tí?"

—Ya me lo ha demostrado.

—Comprendo tu amor,—me dijo entonces con verdadero cariño. "Eres joven y de imajinación exaltada. Pero ¿estás así mismo, convencido de que siempre se querrán ustedes como ahora? ¿No temes el arrepentimiento cuando ya sea tarde?"

—Nó, señor.

—Admiro la seguridad con que respondes. Pero si llegaras á efectuar ese matrimonio te convencerías de lo contrario.

Guardó silencio mi padre. Yo no tenía que replicarle. El ejercía sobre mí la influencia natural de todo padre sobre su hijo; y sus razones tenían toda la fuerza de convincentes para mí. Con otro cualquiera las habría combatido, quizás victoriosamente; con él no me sentía con valor para hacerlo. Al fin rompió el silencio:

—Además, ¿es justo que, después de los sacrificios que tu madre y yo hemos hecho por darte una esmerada educación y colocarte en el puesto que hoy ocupas en nuestra sinceridad, vengas ahora, por un mero capricho, por un amor pasajero, á despreciar todos nuestros esfuerzos y hacer descender la familia al nivel de las Jackson? Porque convéncete también de otra cosa, es más fácil para tí descender hasta ellas que elevarlas hasta tí."

—Convengo en que tiene usted razón en todo lo que me dice, papá, y quisiera darles gusto á usted y á mí madre; pero ¿qué puedo yo hacer si solo al lado de esa joven me considero feliz?"

Me alegro que me hables con entera franqueza. Tú sabes que todo te lo perdonaré menos un engaño. Dices que no crees llegues jamás á olvidar á esa joven que te ha trastornado la cabeza? Probemos. Hagamos un ensayo. Para que veas lo mucho que tu madre y yo te queremos, antes de hablar contigo, habíamos ya pensado

en enviarte al extranjero, haciendo nuevamente el sacrificio de tu separación. Es preciso que entiendas que nosotros solo queremos tu felicidad; mas, convencidos de que ésta no la hallarás sino en brazos de una mujer igual á tí en educación y posición social, haremos todo lo que esté á nuestro alcance para que desistas de tus actuales descabellados proyectos. Algún día llegarás á convencerte de que una mujer ignorante no puede hacer jamás la felicidad de un hombre instruído. Por tí vamos á hacer un nuevo sacrificio; pero es justo que tú tambien, pongas algo de tu parte.

Consiente en hacer un viaje á Nueva York, á París, donde quieras, y permanecer allí todo el tiempo que creas conveniente. Cuando estés solo, cuando no tengas por delante el bello rostro de esa Josefina, entonces comprenderás la justicia de nuestra oposición y, tal vez, nos bendigas por haberte librado de cometer un solemne disparate. No se puede ser más generoso con un hijo. Reflexiona bien esta noche sobre el particular y dame mañana tu contestación.

Si convienes en el viaje que te propongo olvidaré nos este incidente; pero si sigues en tu terquedad de querer casarte aún contra nuestra voluntad, podrás hacerlo si te dá la gana; pero te suplico que salgas inmediatamente del país."

Hablaba mi padre conmovido y su voz temblorosa me llegó hasta el corazón. ¿Qué podré yo responder á tanta bondad?....Hice un movimiento para arrojarme á sus piés y hacerle la promesa de no volver á ver más á Josefina; pero el comprendió mi intención y me detuvo, diciéndome con cariño:

—No, no quiero que me hagas juramento que más tarde no tendrás fuerzas para cumplir. Por tus cortas frases y la emoción del momento he podido convencerme de que amas seriamente á esa muchacha; pero, la distancia y el tiempo todo lo hace olvidarlo. Uno y otra están á tu disposición y lo mejor es poner el mar de por medio. Dirás que vas á viajar, como el año pasado, por cuenta de

la casa, y lo demás dependerá de tí. Te dejo hasta mañana para que reflexiones bien."

Dijo y salió, dejándome solo en la estancia. Reflexionó entonces sobre mi situación, verdaderamente difícil.

¿Eran, pues, fundados mis temores? ¿Existía, en realidad una sociedad tan exijente y egoísta? ¿Y debía un joven sacrificar su propia felicidad para sostenerse á exigencias puramente convencionales? Y en cambio de ese sacrificio ¿Qué nos brinda esa sociedad?

Pero mi padre acababa de decirme que era inútil toda lucha, que el que no quería someterse á sus imposiciones tenía que renunciar á ella.

Perfectamente. Yo renunciaría á la sociedad de mi país. No solo en su seno se halla la felicidad.

Mas, como también decía él, ¿tenía yo derecho para excluir de esa misma sociedad á mi hermana?

En todo había pensado, menos en esta nueva faz de la cuestión. En realidad yo no podía, ni debía sacrificar su porvenir.

Pero ¿tenía acaso derecho para sacrificar la suerte de Josefina? Esta me había amado porque había confiado en mi palabra; y por que tenía fé en mis promesas había despreciado las ofertas del Capitán, con quién pudo haber llegado á ser feliz. Y no era una cobardía, una infamia que yo cometería ahora si la abandonaba, justamente en los momentos en que ella esperaba la llevase la buena nueva del consentimiento de mis padres?

¿No la había dicho, en más de una ocasión, que todo lo sacrificaría por ella y que, si mis padres se oponían á nuestro enlace, por encima de ellos la haría mi esposa?

Y ahora, en presencia de la realidad, me acobardaba. ¿Era, pues, más débil que ella que todo lo había despreciado por mi amor?

Yo estaba confundido. El dilema propuesto por mi padre, á pesar de la dulzura de sus palabras, era terrible: renunciar al amor de Josefina ó renunciar al de ellos.

Afortunadamente el propuesto viaje podía, por ahora y menos, acomodarlo todo. Cuando menos retardaría el

sacrificio por algunos meses. Era siempre una especie de tregua. Por el momento era lo único que podía hacer.

Y después de todo, ¿no podía mi padre tener razón? Ese amor por una joven que yo mismo comprendía no era igual á mí, no parecía, en verdad, una locura?

Pero era, así mismo, una locura de que no podía curarme.

Sin embargo, tenía en mi poder la medicina que, en estos casos, dá los mejores resultados. Ensayamos, como decía mi padre.

A la mañana siguiente, tan pronto como se levantó el autor de mis días, fuí corriendo hácia él y le dije:

—Estoy dispuesto á partir cuando usted guste y donde quiera.

—Gracias, añadió él abrazándome. No esperaba otra cosa de tí. Ya había dicho á tu madre que tú tienes un buen corazón, desgraciadamente demasiado impresionable.

XIII

Por algunos días no se habló en casa de otra cosa que de mi viaje. Este sería á París. Era la ciudad más á propósito para distraer una alma en pena. La gran capital con sus innumerables diversiones, sus mujeres que, si no son las más bellas del universo tienen, por lo menos un *chic* especial para vestirse y una gracia encantadora para hablar y moverse, la constante agitación de la vida, allí tan variada, todo esto contribuiría á hacerme olvidar á Josefina. Así, sinceramente lo creía mi padre. Y yo mismo, de vez en cuando, me decía *¿quién sabe?*

Había leído en las novelas que, amantes á quienes el destino había separado así, por largo tiempo, habían concluído por olvidarse. Y reflexionándolo bien, por momentos llegaba á hacerme la ilusión de que lo propio podía acontecer con nosotros.

Mas, también recordaba haber leído en otros libros lo contrario y, entonces, me parecía imposible que yo pudiera dejar de amar á Josefina.

En cuanto á ésta habíala consolado diciéndola que mi viaje era idéntico al que había llevado á cabo el año pasado por las repúblicas de Centro América; solo que éste sería más lejos y, por consiguiente mi ausencia sería más larga. Díjela, también, que aprovecharía esa oportunidad para comprar todo lo necesario para nuestra boda, la cual se efectuaría inmediatamente después de mi regreso y la prometí que por todos los correos le escribiría.

Mrs. Jackson y Cecilia encontraron mi viaje muy natural y, confiadas en la palabra que yo les había dado de casarme con Josefina á mi regreso de París, quedaron sosegadas. Ellos no llegaron á sospechar los verdaderos motivos de aquel viaje sino algunas semanas después, cuando ya estaba yo en Francia.

Me causaba horror tener que mentir de esa manera; pero qué podía yo decir á esas buenas gentes para no pasar á sus ojos como un canalla que no había hecho otra cosa que engañarlas?

A decir verdad, los pocos días que precedieron á mi partida yo mismo no pude darme cuenta ni de mis hechos, ni de lo que decía. Vivía en una constante contradicción conmigo mismo.

Con toda sinceridad deseaba complacer á mis padres, eran éstos tan buenos, tan nobles! Y así mismo comprendía que para dejar de amar á Josefina tendría que arrancarme el corazón. Tal vez habría sido mejor para mi futura felicidad y la de todos, no haberme apegado tanto á aquel amor que parecía contrariar la natural existencia de las cosas! Diríase que el Destino se complace á veces en estas contradicciones para burlarse de nosotros.

El 14 de Septiembre amaneció triste, triste, sobretodo para mí. Era aquel el día señalado para mi partida. Debía embarcarme en el tren de las ocho y, para guardar

todas las apariencias de un viaje de negocios y que las Jackson no llegaran ni siquiera á sospechar los verdaderos motivos de mi viaje, temprano fuí á decir adiós á Josefina.

Encontréla sola en la sala. Me esperaba. Estuvimos juntos más de media hora, hablando de nuestra separación. Mi ausencia debía durar un año. Era el plazo convenido con mi padre. Nos escribíamos por todos los correos y nos contaríamos todos nuestros sufrimientos y nuestros placeres, si algunos llegábamos á tener y, á mi regreso, nos uniríamos para no volvernos á separar jamás.... Así, por momentos, al lado de ella y subyugado por su mirada, olvidaba por completo que era otro el compromiso contraído con mi padre. Por fin un coche vino á buscarme á la puerta de la casa. Había que separarse, y separarse quizás para siempre. Cerré á Josefina fuertemente contra mi pecho y al darle el último abrazo, sentí que todos sus miembros temblaban. Cuado alzé la cara, para besarla en la frente, las lágrimas corrían á torrentes de sus ojos y rodaban por sus pálidas mejillas. Las sequé con mis labios y con ellos arranqué, también, de los suyos un hermoso clavel punzó con el cual había estado jugando toda la mañana. Hubo un momento en que estuve á punto de despedir al cochero y quebrantar mi resolución y mi compromiso con mi padre. Pero aquello habría sido una villanía.

Besé por última vez á Josefina y con aquel beso me pareció que se escapaba toda mi dicha y pensé que ya no volvería á verla más. Dije, luego, adios á su madre y á su hermana que, habían salido á despedirse de mí. Ya el cochero se impacientaba y bajó la escalera corriendo.

Del coche andando volví la cara y ví en el balcón á Josefina que me seguía con la vista. Al voltear la esquina lancé un hondo suspiro.

La despedida de mi madre fué patética. También ella creía perderme para siempre.

Mi padre, mis hermanos menores y Joaquín vinieron á despedirme á la estación.

.....

Después de un viaje delicioso, amargado solo por el recuerdo de los seres queridos que acababa de abandonar, llegué á la soberbia Capital de la más simpática de las naciones de Europa. Habíame demorado en Nueva York ocho días, que había pasado con mi hermana. Esta nada sabía de mis amores y no extrañó mi viaje.

Patria, familia y amor, todo lo había abandonado en busca de una tranquilidad que tanta falta hacía á mi espíritu y que presentía me sería imposible encontrar.

Lo que sería de mí en aquella tierra extraña solo Dios podía saberlo. Abandonado á mi propia suerte, sin amigos,—pues todos los que había conocido en otros tiempos, habían regresado á sus hogares, despues de concluídos sus estudios,—lejos de todo ser amado, los primeros días que pasé en París fueron días de prueba de angustia y desaliento. No creo nunca haber sentido mayor abatimiento al alejarme de mi tierra. Parecíame que jamás volvería á contemplar aquellos ojos de mirada ardiente que tan profundamente habían conmovido mi corazón y que tanto contribuyeron á cambiar por completo el rumbo de mi sistema. Momentos hubo en que parecióme imposible permanecer allí un solo instante sin ver á Josefina, el ser idolatrado de mi alma.

París la ciudad por excelencia, la ciudad gigante con sus teatros, sus paseos, sus diversos espetáculos y sus provocadoras é incomparables mujeres, no tenía sin embargo, el poder de hacerme olvidar á la que tanto amaba. Imposible me sería borrar de mi mente el recuerdo de su rostro angelical.

Cuanto sufrí entonces nadie lo supo, ni la misma Josefina. También ella debió estar inconsolable en aquellos días de prueba para ambos; mas, rodeada de los suyos, pudo hallar consuelo en brazos de su madre, y alivio á sus penas contemplando todo lo que le fué siempre grato. Ignorante como estaba del verdadero motivo de mi viaje, la vista de los objetos no podía causarle

sino gratas impresiones, alimentadas por recuerdos igualmente agradables.

Distinto era lo que me pasaba á mí para quién todos aquellos recuerdos no hacían más que agravar mi situación. Y tenía que devorar en silencio mi dolor. Solo los ratos que dedicaba á consignar mis tristes impresiones en mi Diario, traían á mi alma algún consuelo. Allí, encerrado en mi aposento, sin que nadie fuese á interrumpirme, podía dejar correr mi pluma y trasladar al papel, con toda franqueza, en mi caprichoso estilo, todos mis sentimientos. Y estas páginas son fragmentos de aquel dolor.

Inútil me parece decir que, por muchos meses *ella* fué mi pensamiento constante. Siempre la tuve ante mis ojos. En el teatro, en la calle, en mi aposento, en el sueño y despierto. (Ocupaba yo en París un pequeño compartimiento en la *rue Manceau*, cerca del jardín del mismo nombre. No había lujo en él; pero sí todas las comodidades que puede pagarse un joven que le guste vivir con holgura. Una pequeña salita, amueblada con decencia y un dormitorio. No necesitaba mas. En el dormitorio tenía mi mesa de escribir, porque allí estaba más recogido, más *chez moi*, y en el centro de esa mesa, no pequeña, tenía colocado el retrato de Josefina, muy inferior al original, encerrado en un primoroso marco de rojo terciopelo con incrustaciones de plata oxidada. En otros dos cuadros más pequeños, también del mismo terciopelo encarnado, que había puesto á ambos lados de su imagen, se veían, en el uno: nuestras tarjetas enlazadas por un rizo de su negro pelo y en el otro aquel hermoso clavel que arranqué de sus labios con los míos el día de mi partida. Todas las mañanas, cuando los débiles rayos del sol de otoño ligeramente calentaban mi cuarto y me hacían abrir los ojos, dirigía la vista hacia aquellos recuerdos de épocas más felices y, entonces me sentía tan conmovido, era tanta mi tristeza, que si hubiera sido todavía capaz de llorar habría empapado la colcha con mis lágrimas.

Fué al principio muy arreglada mi vida en París. Al levantarme leía en los periódicos que temprano subía mi criado, los últimos acontecimientos políticos del país y las noticias del día. Luego escribía en mi Diario las impresiones de la víspera y estudiaba algo de literatura francesa ó de historia, hasta la hora de almuerzo.

Por las tardes descendía á los Grandes boulevares, tomaba un *grog* en el *Café de la Paz* y de ahí me dirigía por los boulevares de los *Capuchinos* y de la Magdalena y la *rue Real* á la *plaza de la Concordia*. Remontaba los *Campos Eliseos* y la avenida del mismo nombre, daba la vuelta á la *plaza de la Estrella* é iba á confundirme con el grupo de sur americanos que allí se reunía todas las tardes, á la entrada de la *avenida del bosque de Boloña*.

Aunque ya estábamos á fines de Octubre el otoño no había aún hecho sentir su efecto y todavía se podía vivir en las calles y en las plazas, la vida de verano.

Para personas que hablan un mismo idioma no es difícil relacionarse, unas con otras, en París, así que, en poco tiempo me hice de algunos nuevos amigos y llegué á hasta entrar en intimidad con varias familias peruanas, chilenas, argentinas, venezolanas y colombianas.

Había, entre estas, una, de apellido Urquilla, oriunda de Caracas, con la cual simpaticé de tal modo que pronto llegué á ser amigo de toda su confianza. Componían la dicha familia un anciano de sesenta años, su esposa algo más joven y un par de muchachas de lo más simpáticas.

Desde el momento en que trabé relaciones con esa estimable familia fué poco á poco disminuyendo mi abatimiento. La mayor de esas dos jóvenes, que se llamaba Carmen, era en extremo agradable y cariñosa y se daba cierto aire á Josefina, un parecido que me hacía casi amarla. Tenía la misma estatura de aquella, los mismos ojos negros y expresivos y el mismo carmín en sus labios. La hermana menor, sumamente bella, no me fué jamas tan simpática. Era que la mayor, además de su semejanza con Josefina sufría igual pena á la mía y pudo así

pronto comprender mi situación. Su sincera amistad me hizo, desde que la conocí, más llevadera la vida en París.

Al principio veíamsonos todas las tardes en el lugar indicado, en esa especie de plazoleta que se encuentra á la entrada de la avenida del Bosque, la más bella y elegante de todo París. Mas, cuando entró el invierno y ya no pudimos reunirnos allí, iba yo á visitarla casi todas las noches, á su hotel de la calle de *Messine*. Pasaba tranquilo y agradables ratos á su lado y, una vez que reinó mayor intimidad entre nosotros, acompañábalas los lunes y miércoles al Francés y á la Gran Ópera, únicos teatros á donde las llevaba su padre, sumamente escrupuloso en estos asuntos.

Llegaron á estrecharse tanto mis relaciones con Carmen que, una noche, creyendo así aliviar mis males, me atreví á tomarla por confidenta.

Al oir de mis labios la triste relación de mis amores mostró gran interés por mí y me manifestó que, siendo mis padres tan buenos, como yo se los había pintado, cuando llegaran á convencerse de que eran inútiles todos mis esfuerzos y sus sacrificios para que yo olvidara á Josefina, convendrían, sin duda alguna, en otorgarme el consentimiento, sin el cual no quería yo contraer matrimonio. Pero díjome, al mismo tiempo, que debía tener paciencia y dejar que el tiempo concluyera la obra, demostrando á mis padres, con mi constancia, cuán grande y duradero era mi amor. ¡Un año pasa tan pronto,"! agregaba.

Llevaba ya siete meses de París y el recuerdo de Josefina no se apartaba un solo instante de mi mente; Recibía por todos los correos cartas de ella, cartas cada día más tristes y llenas de temores y duda. Como era natural y lo tenía, después de mi partida corrió en Panamá la noticia de que yo había sido enviado á la capital francesa, para desalojar de mi cerebro la idea de un descabellado propósito de casamiento con una hija de Mrs. Jackson. Nuestro país no puede haber secretos de ninguna clase y menos secretos de familia. En el comedor, al

rededor de la mesa y entre las sopas y el café, se discuten todos los asuntos de la casa, aún los más sagrados, que debían ventilarse sólo en la recámara, se comentan y critican todas las noticias y los escándalos del día y hasta se quitan y nombran gobernadores. Los criados al dar las vueltas que exige su servicio al rededor de la misma mesa, escuchan, con atento oido las conversaciones de los dueños de la casa y más tarde, en sus reuniones democráticas, hacen á sus demás colegas una sucinta relación de todo lo que han observado y oído en la casa de sus patrones, relaciones engañadas, por su puesto, con su macarrónico estilo de cocina. Esos otros domésticos las cuentan igualmente á sus respectivos patrones y así, sucesivamente, hasta que el más sagrado secreto llega á ser tan conocido y, quizás más que si se hubiera publicado en un periódico de la localidad. Tal había sucedido con Josefina y lo que yo tanto empeño había tenido en ocultarlo.

Así, pues, como he dicho ya, sus cartas eran cada vez más tristes, y después que las leía, ansias me entraban de tomar el tren del Havre y embarcarme allí en el primer vapor que saliera para América. Mas, cuando volvía á casa de Carmen ésta, con sus sabios consejos, desbarataba mis alocados proyectos.

—Usted ha prometido á sus padres, me decía," permanecer aquí, por lo menos, un año y debe usted, para fortalecer más tarde sus razones, cumplir primero su compromiso Solo llenándose de resignación y valor podrá usted vencer su resistencia y alcanzar la dicha que ambiciona."

Nada había más cierto que aquellas juciosas palabras; pero la resignación me faltaba con frecuencia y el valor lo recobraba solo á su lado.

Entre tanto al triste invierno sucedió la alegre primavera y á ésta el verano ardiente que fué borrascoso para mí. Las familias acomodadas de París abandonao ya sus suntuosos hoteles por las risueñas cabañas suizas, los pintorescos escenarios de las montañas ó los ruidosos

baños del mar. La familia de Carmen, siguiendo también la costumbre, partió para Suiza. Quisieron llevarme con ellas; y aunque bien hubiera podido acompañarlas, pensé que, alejándome de París, recibiría con menos regularidad noticias de Josefina, y sus cartas eran para mí como debe ser la comunión para los verdaderos creyentes. Un bálsamo, un lenitivo á mi dolor.

Mucho sentía separarme de Carmen, pero aquella consideración me impidió á quedarme en la gran capital.

Con su ausencia volvió á apoderarse de mí la misma profunda melancolía en que me ví sumido á mi llegada á esa ciudad. Volvieron los mismos días tristes, el mismo abandono de la vida y volví á buscar la soledad de mi cuarto en donde permanecía las primeras horas del día.

Solo por la tarde salía un rato y, por ver si así distraía mi imaginación, íbame á los museos del *Louvre*, el *Luxemburgo* ó *Cluny* á ver las obras maestras del arte que en otro tiempo me causaron tanta admiración. Pero ya nada en este mundo tenía interés para mí y las cosas bellas que veía, al recordarme la natural belleza de Josefina, producían en mi alma hondo dolor.

Paseábame, á veces, por la extensa calle *Rivoli*; cuyos inmensos almacenes, con sus vistosas vidrieras de muestra, causan tanto asombro á los forasteros; otras deteníamos por horas enteras, acodado á la baranda de algún puente, mirando el Sena correr, y subir y bajar los vaporcitos y botes que lo surcan. Pero un solo pensamiento, fijo y doloroso, ocupaba mi espíritu: Josefina y lo que ella podía padecer por mí.

Fué entonces cuando, habiendo perdido por completo la tranquilidad, que recuperaba á medias al lado de Carmen, cometí el disparate, como otros muchos jóvenes en idénticas circunstancias, de buscar alivio á mis penas en el licor y las mujeres. Mi amiga predilecta no estaba en París para guiarme con sus sabios consejos y, como lo que intentaba poner en práctica no era tan difícil en esa moderna Babilonia, en poco tiempo fuí el *habitué* más desenfrenado de los *cafes* clubs y casinos de la gran capital. Por supuesto que no dejé de frecuentar los teatros

y cafés conciertos más alegres en aquella época, como el *Edén*, las *Folies Bergéres*, *Bullier*, el *Jardín de París* y el *Elyssée Montmartre*.

Ya no hubo para mí mas visitas, ni más Teatro Francés, ni Odeón, ni Opera. El clasisismo musical y literario lo abandoné por el *argot* de las mujeres del *demi monde* y las representacienes y bailes más ó menos impúdicos de aquellos centros de diversión.

Una noche, en el *Edén*, conocí una joven española de elegante porte y de fresco semblante. Por la sencillez en el vestir y la falta de aplomo en su conversación, notábase que hacía poco tiempo que llevaba la vida desarreglada de las mujeres que frecuentan esos lugaros. Paseábase ésta por los anchos corredores del soberbio edificio en compañía de otra amiga de mayor edad y experiencia. Habiéndome agradado la españolita acerqueme á ellas *sans facon*, y después de un rato de conversación, invitelas á tomar una copa de champaña.

Apurada la primera vino otra y, luego otra y otra más. Nos tomamos así una media docena de copas cada uno y, entre la espuma del sabroso líquido, el rumor de las otras mesas y los acordes de la orquesta en el *parterre*, vinieron las últimas confidencias.

Supe entonces, de los propios labios de mi española, que, seducida por el patrón de la casa en donde servía como costurera, había vivido maritalmente con él por algunos meses, hasta que un bonito día, hastiado de ella, la abandonó, dejándole unos cuantos luises con que pagar el departamento que ocupaba en *Neuilly* y, desde entonces no había vuelto á tener marido. La amiga con quién estaba la había llevado allí esa noche, un lugar que nunca había visitado, y estaba muy contenta por haber encontrado con quién hablar su lengua nativa.

En otros tiempos habríase sublevado mi corazón contra el hombre que así había seducido á aquella joven para arrojarla después en el fango de esa vida bulliciosa y malsana. Pero ya yo me arrastraba por la misma senda y el

champaña, que se me subía á la cabeza, inspirábame ideas completamente opuestas á todo sentimiento de moral.

Aunque nunca fuí estudiante modelo la primera vez que estuve en París, tampoco tuve jamás lo que los franceses llaman una *maitresse* y éste elemento hacía falta al género de vida que había adoptado. Lejos, pues, de sublevarme contra el hombre que había seducido á aquella joven, me le propuse como sucesor.

Como dejo dicho ya, no estando Carmen en París para distraerme y salvarme con sus consejos, necesitaba buscar toda clase de distracciones para alejar de mi mente el recuerdo de Josefina. Aquella joven sencilla, recién lanzada al mundo de las aventuras y que hablaba el mismo idioma que yo, convenía perfectamente á mis deseos.

Concluida la función hice que se separara de su amiga y la llevé á cenar á un restaurante vecino, conduciéndola más tarde, en coche, á su casa. Esa primera noche no me permitió entrar en su aposento, pretextando que todo estaba, en el mayor desorden; pero me dió cita para la noche siguiente en que me colé en su alcoba y allí firmamos contrato de matrimonio que unía, con lazos disolubles á voluntad, y que no nos imponía otra obligación que la de darnos todo el gusto que pudiéramos mientras hubiera plata y humor para ello.

Por tres meses estuve unido con aquella joven, cometiendo toda clase de locuras y debilidades. Nuestra vida no pudo ser más canalla, ni desordenada y, sin olvidar por completo á Josefina, mi pensamiento solo se ocupaba en ella los días de correo. Entonces le escribía largas epístolas y volvía á ser por un par de horas, pero solo por un par de horas, el tierno enamorado de otros tiempos; pero mis cartas tenía que escribirlas témprano, por la mañana, pues después del almuerzo no había más que contar con migo. Cuando las concluía, hacíame á mi mismísimo promesas de abandonar ese género de vida, indigno de mí; pero esas promesas se iban con las cartas que depositaba en la tienda de tabacos donde apuraba el primer trago de la mañana.

Cosa muy natural. Con mi nueva vida habían aumentado mis gastos; mas, como los agentes de mi padre tenían orden de entregarme todo lo que necesitara, sin limitación alguna y como éstos, por otra parte, no pasaban sus cuentas, sino cada seis meses, aquel, por mucho tiempo, ni siquiera llegó á sospechar cual era el género de vida que yo gastaba en París. Por el contrario, ponía yo gran empeño en no dejar de escribirle por ningún correo y mis cartas disimulaban á las mil maravillas, mi verdadera situación.

Los meses que permanecí ligado á esa españolita, que no era mala; pero que se dejaba conducir á todas partes, son los únicos oscuros de mi vida. Por lo tanto, no me detendré en relatar todas las locuras á que nos entregamos aquel verano en París y hasta habría suprimido esta parte de mi historia si ella no fuera necesaria para su completa inteligencia.

Afortunadamente para mí, la familia de Carmen regresó á París á mediados de Septiembre y no faltó quién contara á ésta, en secreto, mis hazañas. París es grande; pero allí también todo lo que se quiere saber se sabe. Supe yo también, por uno de los pocos amigos que veía, el regreso de las Urquillas y desde ese día, en vez de ir á visitarlas y saber como habían llegado, evité transitar por las calles y frecuentar los sitios en donde yo sabía podía encontrarlas. Mas Carmen era una exelente amiga que sinceramente se interesaba por mí y se empeñó en verme.

Por guardar ciertas apariencias, pues aún no me había encanallado lo suficiente para romper con todo lo que me ligaba á mi honrada vida de otros tiempos, había conservado mi departamento de la rue Moncean, donde me enviaban las invitaciones y cartas, que iba yo á recoger en ciertos días de la semana. Uno de ellos, entre las demás cartas y papeles que me habían llegado del exterior, encontré un sobre, escrito con letra de mujer, desconocida para mí. Abríle y me encontré con una carta de Carmen, en la cual me anunciaba su regreso y me ponía

nuevamente su casa y su amistad á mi disposición, invitándome para que no dejara de ir á verla, pues, decía, tenía mucho que hablar conmigo.

Habría faltado á las más triviales reglas de etiqueta si, después de esa invitación, hubiese dejado de hacer mi visita de bienvenida á la familia Urquilla. Como acabo de hacerlo constar, todavía los placeres no me habían arrojado á ese abismo en donde todo, hasta los más sagrados deberes, se olvidan.

Después de leer toda mi correspondencia regresé á Neuilly, triste y pensativo. A pesar de los estragos que ya el licor y las vigilias habían hecho en mi, todavía conservaba cierta fuerza de voluntad, que me permitía contenerme un poco en los días que recibía y despachaba mi correspondencia para Panamá, única ocupación seria que tenía en toda la semana. Así, pues, aquel día tenía mi cabeza más fresca que de costumbre y, habiendo resuelto visitar á Carmen la noche siguiente, decidí también no salir de casa, ó mejor dicho de casa de la amiga. Fuíme temprano á la cama, con gran sorpresa de mi española, y á la mañana siguiente, temprano también me levanté. Fuí al *Hanman*, tomé allí un espléndido baño ruso, almorcé allí mismo, luego volví á la rue Moncean y me acicalé con esmero. No quería llevar á casa de Carmen, ni en el vestido ni en el semblante, la menor marca de mi vida desarreglada.

Después de la comida, que fué sobria, me dirigí á la calle de Mesina y entré en casa del señor Urquilla, á quién tantas veces había visitado con verdadero placer, mohino y avergonzado esta vez. La familia toda la encontré reunida en el salón de recibo y, al verme, me acogieron con su acostumbrada decencia. Carmen me dirigió una mirada escudriñadora y después de algunos segundos me dijo, como satisfecha de su examen:

—*Eh bien! Monsieur Richard*, no parece tenía usted mucho interés por volver á ver á sus viejos amigos. Si no le escribo no se acuerda usted de nosotros que tanto lo pensamos siempre.

—También yo las recuerdo bastante, repliqué con forzado acento, *forzado* porque mentía de una manera indigna.

—Se conoce, por el empeño que se ha tomado usted en visitarnos, me dijo aquella irónicamente, y luego pio, siguió: Hace quince días que estamos en París.

Tuve que seguir mintiendo, la franqueza no era para el caso y, dije á mi vez:

—Yo ignoraba la llegada de ustedes.

Carmen no quiso martirizarme más, pues bien sabía cuales eran los motivos que me habían impedido cumplir con mi deber de amigo, y dió otro giro á la conversación. Rodó ésta entonces, como era natural, sobre su última excursión y refirióme, con animación, todas sus peripecias, pintándome, con vivos colores, los magníficos escenarios de las montañas y lagos de Suiza y, al despedirme de la familia, hízome prometerla que volvería al día siguiente, pues tenía que hablar muy seriamente conmigo.

Al salir de su casa me dirigí á Neuilly, más por costumbre que por el deseo que tenía, en aquel momento, de volver á reunirme con mi querida. Los dos días de temperancia y la vista de Carmen me habían hecho reflexionar y contemplar de cerca el abismo en que estaba próximo á sepultarme para siempre.

Pero, aunque mis pensamientos estaban en vía de retroceder hácia mejores tiempos, aún no había suficiente consistencia en mis resoluciones, ni tenía la fuerza de voluntad necesaria para abandonar, de golpe, ciertas costumbres que ya casi se imponían como necesarias á mi existencia. Así que, mientras dentro de mi mismo sostenía una débil lucha entre lo que debía ser y lo que era, el coche me conducía justamente á uno de los lugares, que forzosamente tenía que dejar de frecuentar si quería volver a ser un hombre honrado.

Paró el coche, pues, en casa de mi española y, á pesar de mis reflexiones, é impulsado por la costumbre, más poderosa que nada en este mundo, entré en su aposento y, aunque ella corrió á abrazarme, admirada de mi

larga ausencia, mostréme indiferente á sus caricias y no quise entrar en explicaciones de ninguna clase con ella. Como he dicho ya, mi española no era mala y, acostumbrada á mi carácter, que se había hecho raro, no me importunó por mucho tiempo y se fué á dormir, mucho más temprano de lo que generalmente acostumbraba. Yo la imité y dormí mal á su lado esa noche.....

....A la mañana siguiente salí, sin decirla nada, y volví á darme otro baño ruso. Anduve luego solitario, por las bulliciosas calles de París, almorcé en el Hotel Continental y á las tres de la tarde me presentaba nuevamente en casa de Carmen. Estaba sola esta vez, y al verme entrar, me dijo con agradable sonrisa; aunque con cierta ironía:

—Ha sido usted más puntual de lo que yo esperaba, Ricardo. Pero sepa Dios que sacrificios le habrá costado esa puntualidad.

—Ninguno. ¿Por qué?, la pregunté, sospechando los motivos que tenía para hablarme así.

—Por que me han dicho que está usted ahora tan ocupado, que ha contraido tantos compromisos, que creí no tendría tiempo para acudir á esta cita á la hora señalada, prosiguió ella en el mismo tono.

—Pues han engañado á usted, Carmen. Puedo disponer á mi antojo de las veinticuatro horas del día y de la noche, lo mismo quo antes.

—Pero, también me han dicho que ha cambiado usted sus costumbres y que la pena que lleva en su corazón le ha hecho retirarse de ciertos círculos y de varias amistades.

—También han engañado á usted en ese sentido, respondí con aplomo, ó, al menos, le han exagerado mi cambio. La ausencia de ustedes, mis mejores amigos, ha trastornado algo mi modo de vivir....y pueden también haberme visto algo más triste; pero....

—Por el contrario, me interrumpió con ligereza, me han asegurado que ha estado usted de lo más divertido este verano.

Se veía ya claramente que Carmen había tomado informes sobre mí y, por consiguiente, todo disimulóera inútil. Estaba yo avergonzado y no pudiendo, ni teniendo nada que responderla, bajó los ojos al suelo y guardó silencio. Ella notó mi turbación y continuó cariñosamente, como una madre ó una hermana que quisiera volver á conquistar el corazón extraviado de su hijo ó hermano.

—Mire, Ricardo. Es bueno que hablemos con toda franqueza, pues veo que el disimulo hace á usted mal. Es inútil que trate de ocultarme lo que yo sé perfectamente, aunque quizás de una manera exagerada. París es grande, inmenso; pero cuando se tiene interés por saber la vida que aquí llevan los amigos, no falta quién nos dé todos los informes que puedan interesarnos. Un amigo mío, que también lo es de usted y que lo estima tanto como yo, me ha pintado, tal vez con colores demasiado vivos, su actual existencia en esta ciudad.

—Mucho me alegro, no pude menos que decirla, sinceramente disgustado de que Carmen estuviera tan al corriente de mi vida, saber que aún tengo amigos que se interesen por mí hasta el extremo de....

—No prosiga, Ricardo, volvió aquella á interrumpirme, que va usted á cometer una ingratitud. Tanto el amigo de quién le hablo, como yo, nos interesamos por usted; y nos apena ver que siga por una senda que no puede ser ni la más segura, ni la más adecuada para conseguir de sus padres lo que tanto desea. Tampoco, con semejante vida, paréceme que guarda usted mucha fidelidad á la mujer que más pretende amar en este mundo.

Al evocar Carmen el recuerdo de Josefina no pude hacer otra cosa que reconocer la justicia de sus reproches, y no siéndome ya dable ocultarle nada, resolví confiarselo todo. Esto era preferible á que se formara de mí peor idea de la que ya podía tener. Se lo conté todo, pues, sin ocultarle más que lo que no debían escuchar sus oidos de virgen; y concluí diciéndola:

—Pero, no me juzgue usted peor de lo que soy en realidad. Si he cometido todas esas locuras ha sido casi

apreté la mano con efusión y me despedí de ella prometiéndola volver á verla con frecuencia.

—¿Como antes?, me dijo ella con intención,

—Como antes, la repetí con confianza.

De casa de las Urquillas me dirigí á Neuilly. No sé por qué volví otra vez á ese lugar; pero lo cierto es que volví.

¡Cuan distinta era la escena que allí me esperaba!

Al entrar en la sala, encontré á mi joven peninsular tendida perezosamente en el diván, suelto su pelo en desorden, suelto su corpiño, mostrando su turgente seno y el nacimiento de sus tentadores pechos, arremangado el traje, dejando en descubierto sus desnudas y bien formadas piernas, sus pies descalzos, las pantuflas en el suelo. Su rostro estaba encendido y su sueño, pues dormía, era inquieto. Durante mi ausencia se había embriagado para no fastidiarse sola. Al contemplarla en aquel abandono bestial de todo su cuerpo, en aquel completo olvido de sí misma, sentí en mi interior algo así como la revelación de una verdad que yo mismo había tratado de ocultarme. ¡La triste realidad de la triste vida que llevaba!

Como hacía dos días que no probaba licor, había dormido bien y los baños rusos habían extraido todos los elementos *morbíficos* del alcolismo, mi razon había recobrado su perdida lucidez.

Comparó entonces esa ridícula salita, toda en desorden y la degradante posición de mi querida, con la sobria elegancia del salón de las Urquillas y el digno comportamiento y agradable charla de Carmen, y tuve vergüenza de mí mismo. Sentí cierta repulsión hácia todo lo que me rodeaba y, en particular, hácia aquel cuerpo de mujer impúdica, y volví á salir á la calle con la firme resolución de no poner más los piés en aquella fétida estancia.

Regresé á mi aposento de la rue Monceau y escribí á mi española una carta en la que me despedía de ella y de sus amigas para siempre y le incluía un billete de quinientos francos.

Torné entonces á la vida arreglada que llevava al principio; pero, lo confieso ingenuamente, solo la esperanza de recibir una satisfactoria contestación de mis padres, pudo impedirme volver á caer en los mismos pasados errores.

XIV

Dos meses después de la conversación que dejo descrita en el capítulo anterior recibí de mi padre una carta concebida en estos términos:

"Querido hijo:

Quiero tratarte hoy de un asunto de vital importancia para tu porvenir.

Por el correo pasado recibí una carta anónima, escrita por mano de mujer que, sin duda debe ser persona que se interesa mucho por tu suerte y cuyo estilo revela pertenecer á una sociedad muy distinta de la que has estado frecuentando ultimamente. Por la referida carta me he impuesto de la vida poco correcta que has llevado en esa ciudad, desde hace algunos meses, y que tu has puesto particular empeño en ocultarme en tus cartas.

Nunca creí que un joven educado como tú, que hace apenas tres años fué modelo de estudiante en esa misma capital, se hubiera dejado arrastrar por el vicio más infame que pueda adquirir ningún hombre de honor Cuando se extienda en esta ciudad la fama de tus calaveradas, el nombre,—sin mancha hasta hoy,—que llevas, será escarnecido por los mismos que antes admiraban tu buen juicio y sensatez. Hasta la mujer á quién juraste amor eterno, tendrá horror de tí cuando sepa que has compartido con Mesalinas de bulevar los besos que solo debieron ser para ella.

No creas que por que esto te digo pienso hoy distinto á como pensaba hace un año. Siempre ví en Josefina una muchacha buena y honrada; capaz de hacer la felicidad de cualquier hombre. Si tu madre y yo nos hemos opuesto á tus amores ha sido unicamente por que

habíamos soñado para tí lo mejor de nuestra sociedad. Quisiéramos haberte visto ligado con una joven á quién nadie pudiera tachar ni por su posición social, ni por su belleza y ni siquiera por su falta de hacienda. Y existen de esas jovenes entre nosotros. ¿Qué quieres? Era eso nuestro más adorado sueño, por que eres tu nuestro hijo predilecto.

Tu no has correspondido á nuestras esperanzas. Tu corazón joven y demasiado impresionable se ha prendado de una mujer que, mal que te pese, no ocupa el mismo lugar que tu en la sociedad. Tu inexperiencia y tu libe ralismo exagerado te hacen ver con indiferencia estas cosas, y pretendes ahora poder despreciar una sociedad en la que más tarde tu mismo querrás reclamar el puesto que en ella te corresponde por tu educación y tu nacimiento.

Te lo repito. Tanto tu madre, como yo, habíamos ambicionado otra suerte para tí; pero ya que tu amor por Josefina es tan inmenso que,—como me lo dice la carta anónima que ha provocado estas líneas,—para olvidarla, te ves obligado á entregarte á una vida desenfrenada, prefiero que te vengas inmediatamente y....que sea lo que Dios quiera. No queremos que más tarde nos eches en cara tu desgracia.

Quien sabe si, después de todo, llegues á ser feliz con esa joven. El otro día estuve en su casa, á hablarla sobre este mismo asunto, y me he convencido de que tiene un buen fondo. También ví con placer que te has esmerado, con notable éxito, en enseñarla lo suficiente para que no parezca una mujer vulgar. Qué el Dios de bondad quiera rencompensar tus esfuersos y tu amor.

El paso que ahora damos te probará una vez más, cuan grande es el cariño que te tenemos. Ojalá tu sepas corresponder á él separándote; para siempre, de la vida que llevas y resolviéndote á ser un cumplido caballero y esposo modelo, como fuiste hasta hace poco obediente y excelente hijo.

Las últimas notas de tus gastos en París son exorbitantes y eso me demuestra que nada es falso de lo que me dicen en la carta anónima. Pero poco me habrían importado esas sumas si las hubieras empleado de una manera más provechosa y honrada.

Ahora, he aquí lo que hemos acordado tu madre y yo.

Comprarás en París todo lo que necesites para tus bodas y te vendrás cuanto antes. En Nueva York recogerás á tu hermana y la traerás contigo. Al llegar aquí te casarás, sin ninguna pompa, y el mismo día de tu matrimonio te embarcarás con tu esposa para Guatemala donde te procuraré los fondos suficientes para que trabajes allí por tu cuenta, estableciendo una sucursal de nuesqra casa de comercio. En esa ciudad, que cuenta con una bonita sociedad y en donde nadie conoce á la familia de Josefina te será fácil introducirla en todas partes. Aquí solo lograrías exponerte al desprecio de tus amigos. La sociedad es implacable con aquellos que tratan de burlarse de sus preocupaciones.

Yo mismo iré hoy á participar á Mrs. Jackson y á su hija la buena nueva y á anunciarles tu próximo regreso. Es este el último sacrificio que tu padre hace por ti."

Era á un tiempo mismo dura y cariñosa la carta de mi padre; pero, ante la idea de volver á ver pronto á Josefina, y esta vez para nunca más separarme de ella, todo lo olvidé.

Tomé mi sombrero, y aunque la hora era inusitada para hacer visitas, corrí á casa de Carmen á darle las gracias por el inmenso bien que me había hecho.

—Me ha salvado usted el honor y la vida, la dije al verla salir á mi encuentro.

—Recibió ya la deseada carta de su padre?, me preguntó.

—Sí, y á usted, solo á usted debo mi felicidad, la contesté loco de alegría.

—Pero, á ver ¿qué le dice?

—Lea, la dije, sacando del bolsillo de mi levita la

carta salvadora. Leyola detenidamente y, cuando hubo concluído:

—Sé lo que tiene usted unos padres inmejorables, me dijo, volviéndome la carta.

—Sí que lo sé; pero tengo también en usted una excelente amiga.

Desde aquel día no pensé en otra cosa más que en mi próximo viaje y en comprar todo lo que pudiera necesitar en mi nuevo estado. Carmen se encargó de preparar el *troussean* de Josefina y todo su ajuar.

Cuán dulce fueron entonces los últimos días que pasé en París, atareado, visitando los suntuosos almacenes de esa gran metrópolis, en compañía de Carmen y su hermana. Quería comprar cuanto veía. Y ya me contemplaba allá lejos, en la capital guatemalteca, perfectamente instalado en una coqueta casita, arreglada con gusto y alegrada con la presencia de Josefina, convertida en la señora de Don Ricardo Corredor.

Deslizábanse así rápidas las horas, los días y las noches.

Cuando hube hecho todas mis compras y estuvo concluído el traje de bodas, primorosamente confeccionado bajo la dirección de Carmen; y cuando todo estuvo arreglado y empaquetado con cuidado, mi único deseo fué regresar á mi ciudad natal, al lado de mis buenos padres y de la única mujer que supo inspirarme amor en este mundo.

La víspera de mi partida dí á todos mis amigos una comida en la que me despedí de ellos y de mi vida de soltero.

Al día siguiente me embarqué, en la estación de San Lázaro, en el expreso de la Compañía transatlántica y tomé en el Havre el vapor que, en ocho días me condujo á Nueva York.

Al alejarme, para siempre, de París, sola la despedida de las Urquillas me llenó de tristeza. Habían sido excelentes conmigo. Sobre todo Carmen había sido para mí más que una hermana, había salvado mi vida, concediéndome lo que yo mismo nunca habría podido obtener: el permiso de mis padres para unirme con Josefina.

¡Mi inmejorable, mi predilecta amiga, el mejor corazón que encontré en mi destierro voluntario, la salvación de mi alma! Adios! Tu me apartaste del abismo en que estuve á punto de sumergirme y, gracias á tí, volví á ser feliz. Mas ¡ay! cuán poco duradera fué esta felicidad!

En el Havre la vista del mar produjo honda impresión en mi espíritu. Vinieron á mi mente los recuerdos alegres de aquellos deliciosos días pasados allá, bien lejos, en una solitaria isla de otro mar inmenso, donde por vez primera sentí palpitar mi corazón....

En Nueva York encontré á mi hermana que me aguardaba. Mi padre la había prevenido que yo debía ir á buscarla.

Nos embarcamos en el *City of Para* y, sieto días después, llegamos á Colón. Mi padre y uno de nuestros hermanos menores nos aguardaban en el muelle. Nos recibieron en sus brazos y "el llanto del placer nubló sus ojos."

El tren de las ocho nos condujo á Panamá y á las once me arrojaba en los brazos de mi madre idolatrada. La pobre lloraba á lágrimas tendida, por que también el placer conmueve el corazon hasta el llanto, y no sabía á cual de sus dos hijos recién llegados dar la preferencia en su pecho. Mis hermanitos nos miraban con curiosidad y toda la casa presentaba un aspecto de fiesta.

Inmediatamente después de almuerzo corrí á casa de Josefina. Desde lejos la distinguí, materialmente colgada del balcón. Me aguardaba. Sin duda mi padre la había hecho anunciar mi llegada.

Vestía sencillo; pero pintoresco traje de muselina blanca, salpicado de diminutas florecillas rosadas. En su espléndida cabeza, por entre las matas de su ondulosa cabellera negra, emergían pequeños claveles blancos y punzó. De su níveo cuello colgaba una cadenita de oro de la cual pendía un medallón del mismo metal. Encerraba ésto mi retrato y otros recuerdos de nuestro amor.

Josefina había adelgazado mucho otra vez; pero el placer de mi llegada daba á su rostro inmaculado una expresión encantadora.

En la escalera corrió á abrazarme y al recibirla en mis brazos la estreché apasionadamente contra mi pecho y la imprimí en sus rosadas mejillas un par de besos llenos de frenética pasión. Tanto tiempo sin verla me parecía una eternidad y permanecimos, así abrazados largo tiempo, como unidos en un mismo ser, en un mismo pensamiento, olvidados del mundo. Mrs. Jackson y Cecilia me sorprendieron en aquel estado.

Estas me acogieron llenas de júbilo é hiciéronme muchas preguntas sobre mi viaje. Encotráronme también bastante delgado. Charlamos un largo rato todos juntos, contentas ahora, satisfechas de tenerme otra vez á su lado, orgullosas de poder considerarme ya como uno de la familia. ¿No debía pronto unir mi suerte á la de ellas?

Comprendiendo que Josefina y yo queríamos estar solos se retiraron.

Entonces, sentados en el sofá, nos contemplamos con aquel primer fulgor de inteligencia de dos almas que se mau y vuelven á encontrarse después de prolongada ausencia. El recuerdo de otros tiempos, mezclado con la esperanza de una unión eterna, ya convenida y arreglada por mi padre, daba á aquellos instantes no sé que misteriosa y vaga importancia. Ella y yo no podíamos pensar en otra cosa más que en nuestra futura dicha, en nuestro cercano enlace. Mi viaje pertonecía ya á lo pasado. Mi vida en París debía, en parte, permanecer ignorada por Josefina.

Pasadas esas primeras impresiones, desbordaronse nuestros corazones y de nuestros labios brotaron á torrentes las palabras de amor contenidas por nuestra emoción, prisioneras ideales que invadían el espacio después de firmado nuestro tratado de alianza.

—Me parece un sueño volverte á ver, díjome Josefina con suave voz. Yo que creí perderte para siempre!

— ¿Dudaste alguna vez de mi amor?, la pregunté inquieto.

—Jamás, contestóme ella con firmeza. Pero nosotras las mujeres somos tan tontas. En la ausencia nos asaltan vanos temores; y siempre estamos dispuestas á pensar lo peor.

—Pero ya me tienes otra vez á tu lado y, ahora, para siempre.

—¿Verdad? ¿Es cierto que pronto nos casaremos?

—Dentro de quince días. ¿No te lo ha dicho mi padre? ¿Y yo mismo no te lo escribí de París?

—Sí, tu padre es un hombre excelente. El día que vino á anunciarme tu regreso y nuestro próximo enlace, al verme llorar de alegría se le salieron á él también las lágrimas y me besó en la frente.

—Yo lo veo. Y tú que siempre temiste que él se opusiera á nuestra dicha.

—Fuí injusta, lo confieso; pero no hablemos más de eso. Ahora ya somos felices.

—Sí, perfectamente felices, agregué lleno de confianza en lo futuro. No tienes más que fijar el día de nuestra boda, que debe ser lo más pronto posible. Después nos embarcaremos para Guatemala.

Sí, ya comprendo. Tu padre ha sido franco conmigo. Allá nadie sabe quién soy yo, añadió con profunda tristeza, y....

—No seas tonta, le interrumpí para no dejarla concluir su dolorosa reflexión. ¿Qué te importa á tí con lo que nadie diga si vas á ser mía, y solo mía y vamos á vivir en un país más hermoso que el nuestro?

Y, luego, para distraerla de tan desagradables pensamientos, principié á contarle mis últimos días de París y á enumerarle todos los objetos que para adornar nuestra casa de Guatemala había comprado.

El juego de mesa, todo de fina porcelana con orillas celestes y en el fondo nuestros nombres enlazados entre un verdoso bosque de tamariudos que nos recordase eternamente la isla testigo de nuestros amores. Era un ca-

pricho mío. El servicio de plata y el de café era de un gusto exquisito. Los adornos para la sala y la recámara de lo más selecto y delicado. Pero nada la dije de su magnífico *trousseau*, dirigido por Carmen. Este era una sorpresa que quería darla.

Pero al oirme hablar con tanto entusiasmo de Carmen quiso saber quién era aquella joven:

—Un angel la dije, el angel de mi guarda. A ella debemos la dicha de estar hoy juntos.

Deslizáronse veloces las horas y no nos apercibimos que era tarde sino cuando nos envolvió por completo la oscuridad.

Entonces me levanté, la dí un beso en la frente y corrí á casa, donde me esperaba mi madre:

Ingrato!, me dijo al verme. El mismo día de tu llegada lo pasas fuera de casa. Han venido á buscarte varios de tus amigos, entre ellos Joaquín. Le dije donde podía encontrarte; pero él me replicó que te dejaría hoy gozar de tu felicidad y que volvería mañana temprano.

En efecto, al día siguiente, muy temprano, entró en mi cuarto y, desde la puerta, me gritó:

Feliz edad y tiempos felices aquellos en que el amor no hacía olvidar á los viejos amigos.

—¡Joaquín!, mi caro Joaquín!, grité, á mi vez, corriendo á abrazarle. Supe, por mi madre, que viniste ayer á verme; pero ¿no sabías donde estaba? ¿Por qué no fuiste allá?

—Majadero; por que sabía que no me lo habrías agradecido.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Claro. Me habrías considerado como muy inoportuno, por lo menos; pues no debe turbarse el coloquio de dos almas que se aman y vuelven á verse, después de una larga separación.

—Escrupuloso, como siempre, le dije; pero siéntate y cuéntame cómo has empleado el tiempo desde que nos separamos.

—Nada nuevo ha ocurrido aquí después de tu partida. Y en cuanto á mí, he vivido en la misma monotonía de siempre.

—¿Y Cecilia y tu inclinación hácia ella?

—*C'est fini tout ça mon cher ami*, contestó en indiano francés. Convencido de que ésta, á pesar de su apasionado temperamento, estaba resuelta á serle fiel á su marido, más por conveniencia propia que por amor, resolví desistir de mi empresa. Influyó mucho para ello, si he de ser franco, la noticia que me diera tu padre de que, al fin, se resolvía á permitir tu unión con Josefina. Tú sabes cuanto te estimo y conociendo tus opiniones en estos asuntos, por nada en el mundo te habría hecho sufrir cometiendo una infamia con esa joven, solo por satisfacer un deseo brutal.

—Cuanto te agradezco que tu cariño por mí te haya hecho ver las cosas tras un prisma distinto del empañado á través del cual antes las considerabas.

—Sí, he modificado mucho mis opiniones á este respecto.

—Y has hecho bien.

—Además, tanto tú como yo, nos habíamos formado una opinión demasiado exagerada de Cecilia y también demasiado desfavorable para ella. Es, en verdad, una mujer provocadora y coqueta. Gusta que la galanteen, acepta que la enamoren, que la amen y que se lo digan. Esto halaga sus oidos, satisface su vanidad de mujer encantadora. Quizás acepte más, quizás no desdeñe un significativo apretón de manos, ni un ósculo atrevido en la frente ó en sus mejillas; pero tiene demasiado imperio sobre sí misma para dejarse encaullar por el amor, si alguna vez llega á sentirlo. Y todo esto es muy raro en una mujer de este siglo. No ama á su marido, á quien las circunstancias la obligaron á tomarle por compañero eterno de su vida; pero idolatra á sus hijos. Podría serle infiel á aquel sino les tuviera; pero, temiéndoles, no permitirá jamás que ellos, cuando grandes, tengan por qué avergonzarse de su madre.

—Has hablado, dije á mi amigo cuando concluyó su apología de Cecilia, como un hombre que tiene conciencia de lo que dice; porque ha estudiado á fondo la cuestión. Tus últimas palabras son la mejor apoteósis de tu culpable amor por Cecilia.

Hablamos luego de mi futuro enlace con Josefina. Joaquín, como lo he repetido tantas veces, era el único amigo á quién podía confiar con entera franqueza mis sentimientos y aproveché la ocasión para abrirle por completo mi corazón.

—Sí, amigo mío, le dije, al fin voy á ser feliz, completamente feliz; al fin voy á alcanzar la recompensa de mi amor, de mi constancia y de mi desinterés; voy al fin, á unir mi vida para siempre, con la vida de otro ser que también ha sabido amar, sufrir y esperar, voy á unir mi suerte, al fin, con la suerte de la única mujer que he amado en este mundo, la única que amaré en mi vida, la única que podré jamás amar. En adelante nuestros cuerpos no se separarán jamás, como no se han separado nunca nuestros corazones. Y, dentro de quince días, cuando el sacerdote haya bendecido nuestra unión y el notario haya extendido nuestros contratos, es decir, cuando estemos en paz con la Religión y la ley, entonces, nuestras almas libres de las exigencias sociales de nuestro país, irán á esconder su felicidad lejos, bien lejos, en las frescas regiones donde sería una primavera perpétua. Vamos á instalarnos en la capital del estado guatemalteco. Allá aguardamos tus órdenes.

—¡Bravo!, interrumpió Joaquín alegremente. Ambos concluímos nuestro idilio tabogano, aunque de distinto modo: tú, obteniendo el premio que mereces por tu amor y tu constancia. Yo, sabiamente aleccionado por mi incredulidad y ligereza. Ahora díme ¿no piensas volver á Taboga antes de amarrarte?

—Como no. Es lo convenido con Cecilia y Josefina. Pero tú vendrás con nosotros ¿no es así?

—Donde tú quieras.

Salió Joaquín, dejándome solo. Me vestí y, luego, charlé un rato con mi madre y con mi hermana, en su recámara. Ninguna de las dos podía hacerse á la idea de que yo me casara con una mujer del pueblo, como decían ellas; pero mi padre les había aconsejado que no me dijeran una sola palabra sobre este asunto; y yo, por mi parte, estaba tan contento con mi suerte que no reparaba en el disgusto que iba á darles.

XV.

Cuando ya todo estaba listo y faltaban á penas pocos días para la boda, nos embarcamos por el Taller en un bote que Joaquín había alquilado la víspera. Íbamos á despedirnos de Taboga.

Hacia cerca de cuatro años que, también recién llegado de Europa, aunque en época distinta y en distintas condiciones, emprendía yo idéntico viaje. Entonces iba enfermo, ahora estaba perfectamente bueno. Acompañábame solo Joaquín en aquella época, ahora venía al lado de la que pronto sería mi esposa y en compañía de mi hermana y del mismo Joaquín. Enfermo y en prosáico buque de vapor aquel viaje no tuvo entonces atractivo alguno para mí. Ahora tenía el mayor de los encantos. Viajábamos entre verdaderos amigos, casi en familia y en un ligero bote, cuyas velas apenas inflaba la fresca brisa de la mañana. El sol, que ya salía de entre las ondas marinas tiñendo el cielo de distintos olores de oro, plata y azul y cuyos rayos de fuego incendiaban la ciudad apenas despierta, daban á esta marcha tranquila sobre el agua, cierto sabor poético, encantador.

Como en años pasados, casi á la misma hora, veía ahora, también, como íbanse ocultando, tras los edificios de la luz eléctrica que entonces no existían, todas las demás construcciones que se internan en el mar y, también como en años anteriores, pensaba en que nada hay tan agradable como la vida en el mar, cuando se viaja en com-

pañía de una mujer hermosa á quien se ama y que os adora.

La corriente del mar, que vaciaba y la brisa que soplaba de tierra, hacía que nuestra embarcación se alejara paulatinamente de la orilla. Josefina y yo ocupábamos los asientos de babor, Cecilia y Joaquín los de estribor. Podía, pues, con facilidad observar todos sus movimientos y cada vez me admiraba más ver tratarse con tanta frialdad dos seres que parecían haberse amado con entusiasmo.

El sol se hacía cada vez más picante y Josefina se vió obligada á abrir su roja sombrilla. La sombra quo ésta proyectaba sobre su blanco rostro, que había vuelto hacia mí, la daban vivísima expresión y un precioso tinto rosado que hacían resaltar más el extraño fulgor de sus incomparables ojos. Su suelta cabeliera de ébano, cuyas extremidades acariciaban las trémulas olas, contribuían maravillosamente á dar á todo su semblante un seductor encanto.

Serían como las nueve de la mañana cuando llegamos á Taboga. El viaje había sido delicioso. Desembarcamos y corrimos derecho á casa de Manuelita. Esta no nos esperaba y, al vernos exclamó:

—¡Qué sorpresa!

Pasado el natural asombro de tan repentino encuentro Josefina le dió cuenta del objeto de nuestra visita y le anunció, así mismo, nuestro matrimonio. Esto fué otra sorpresa, todavía mayor que la primera. Felicitamonos con cordiales frases llenas de verdadero sentimiento amistuoso. Cuando hubo concluído Josefina la preguntó:

—¿Y tú cuándo te casas?

—¿Yo? Creo que ya me quedaré para vestir imágenes, contestó aquélla con triste acento.

—¿Y su novio,? la pregunté yo entonces.

—¿José? le han mandado con su vapor á la China y me parece que si va allá no vuelve más.

—¿Y yo, cómo he vuelto? Hace más de un año que salí de Panamá. Tampoco Josefina creyó volverme á ver

más; y aquí me tiene usted dispuesto á hacerme cargo de ella para toda la vida, dije sonriéndome.

Entre tanto Cecilia y Joaquín permanecían unidos. Se los veía, pintado en el semblante, el poco entusiasmo que sentían por este viaje. Taboga representaba para ellos algo así como la imagen de un sueño irrealizable. Habían venido solo por acompañarnos y diríase que envidiaban una dicha de que ellos no podían disfrutar.

En Taboga pasamos un par de días deliciosos. Era nuestra despedida á esa isla que había sido á un tiempo mismo paraíso de ternura para ambos é infiernos de celos para mí.

Visitamos todos aquellos sitios que evocaban recuerdos de nuestro amor. La antigua casa de Mrs. Jackson, vendida hoy á un italiano donde pasamos los más bellos días de nuestra existencia; *playa grande* sobre el cuya húmeda arena habíamos escrito tantas veces nuestros nombres, las negras piedras por donde saltábamos, como cabras asidos de la mano, *playa honda*, *el mal paso*, el bosquecillo de tamarindos, testigo de mis arrebatos de celo, la *Restinga* y por último el *Morro*, el memorable peñón del *Morro* en cuya cima experimenté los más volcánicos y encontrados sentimientos al tiempo que contemplaba la inmensa bahía con sus centenares de islas, iluminada por los rayos de un sol próximo á morir. Allí comprendí cuán grande era mi amor y allí volví, en esta ocasión, á jurar á Josefina no separarme nunca de su lado.

A las cuatro de la tarde del siguiente día nos embarcamos nuevamente para Panamá. Al principio una fresca brisa empujaba suavemente el bote hacia Flamenco. Josefina y yo íbamos contentos, satisfechos de nuestro paseo, y decíamos adiós para siempre á Taboga, á la Restinga, al Morro, al Sanitarium, al Ancón, á sus baños y á sus playas. El sol enviaba sus rayos oblícuos, todavía sus ardientes, rayos sobre el pueblo, sobre la montaña oscura y sobre la dorada arena de la orilla. Y á medida que del puerto nos alejábamos veíase como si fuera angostándose el irregular sistema de escaleras que parecen formar las casas

de Taboga, con sus rojizos techos, agrupadas en incalificable confusión. Y se alejaba, se alejaba cada vez más la isla encantadora, de gratos recuerdos, hasta que ya solo se veían como manchas de varios colores, brochazos dados á diestra y siniestra sobre grosero lienzo de verdura, por algún inexperto pintor de pacotilla.

Ibamos ya lejos cuando de repente calmó el viento. Las olas mecían la embarcación con acompasado movimiento y éste y aquéllas al golpear su casco de madera, producían un ruído monótono y desagradable. La calma en el mar causa languidez en el alma. Todos, abordo, permanecíamos callados contemplando la costa vecina tras la cual pronto desaparecería el astro de la tarde.

Poco á poco, paulatinamente, fué el horizonte cubriéndose de negros nubarrones y el sol se oscureció. La atmósfera se sentía pesada, rarificado el aire. Hacía un calor inmenso.

Uno de los boteros dijo: "vamos á tener una tempestad" y, ayudado por el compañero, amainaron las velas y se aprestaron para el combate.

Pero fué un combate feroz y desigual.

De pronto sopló el viento con una fuerza atroz, enfureciόse el mar y nuestra pobre barquilla vino á quedar á merced de las olas encrespadas. El bote daba brincos, brincos furiosos, rugía el viento como león hambriento en el desierto, las olas bramaban. Negro manto cubría ya el espacio, caía la lluvia con fuerza, retumbaba el trueno á lo lejos produciendo prolongado y ensordecedor estruendo. De repente se aclaraba el horizonte, de repente también volvía á quedar todo oscuro. Era algo así como fulguraciones repentinas de un inmenso foco de luz que se apaga y se enciende sin cesar.

Josefina y Cecilia venían muertas de miedo. La primera, empapada de pies á cabeza, temblaba acurrucada cerca de mí. Joaquín y yo procurábamos calmarlas. Inútil empeño. El trueno seguía rugiendo, el viento silbaba y, el mar, encolerizado, quería acabar con nosotros. En

la lucha de todos los elementos contra una frágil barquilla y unos hombres impotentes.

Poco á poco, así como había principiado, fué cediendo la tempestad, hasta que volvió todo á su estado normal. Registramos el bote para cerciorarnos de que no había sufrido avería ninguna, izáronse nuevamente las velas y continuamos nuestra marcha.

Pero nuestros vestidos y todo lo que venía dentro del bote quedó *hecho sopas*, como vulgarmente se dice.

La noche continuaba obscura, tenebrosa. Hacia el norte, en el aire, sobre la ciudad de Panamá, el conjunto de sus luces prestaba á la atmósfera cierta claridad como de reflejos de luna sobre las límpidas aguas de un tranquilo lago. Detrás, hacia el sur, se alcanzaban á ver todavía las luces de Taboga, colocadas á grandes distancias unas de otras.

Cecilia y Josefina tiritaban de frío. Las manos de ésta última parecían de hielo. Yo trataba en vano de calentarlas con las mías.

Al fin llegamos á Panamá. Seis mortales horas había durado nuestra travesía.

Serían como las diez de la noche. Al desembarcarnos, no encontramos coche alguno en el Taller. Tuvimos que acompañar á pié á las dos hermanas hasta su casa. Allí las dejamos recomendándoles que se mudaran de ropa inmediatamente.

A la mañana siguiente corrí á averiguar cómo había amanecido Josefina. Temía que la mojada y el frío de la noche anterior la hubieran hecho mal. En efecto, á esa hora, Josefina no se había levantado aún. Yo la había acostumbrado á madrugar. No viéndola pregunté á su hermana por ella.

—Está con una fuerte fiebre, contestóme aquella.

—Me lo temía, la dije. Y sin aguardar más contestación volví á salir y, corriendo, fuí donde el Doctor Valdivia, excelente médico é íntimo amigo de mi padre.

Le expliqué el objeto de mi matinal visita y no se hizo esperar mucho.

Regresamos juntos á casa de Mrs. Jackson. Allí Cecilia le hizo entrar en el aposento ocupado por Josefina. Yo quedé solo en la sala. Todavía no tenía derecho para penetrar en ese recinto, sagrado para mí.

Una ansiedad mortal se apoderó de mí. Tenía presentimientos de que la enfermedad de Josefina sería seria.

Aguardé diez minutos, que fueron diez siglos de angustia para mí.

Al fin salió el Doctor y, silencioso, me tomó del brazo é hizo que le acompañara hasta el zaguán.

Allí me dijo, en voz baja, como para que nadie más que yo lo oyera:

El caso de la señorita es bastante grave. Deben tener mucho cuidado con ella. Tiene un fuerte ataque de pulmonía y, atendida la debilidad de sus pulmones, puede serle fatal. Tiene ahora una fiebre de 41 grados. Si dentro de las veinticuatro horas no le ha bajado hay que perder toda esperanza de salvarla.

Díjome, y se marchó, tan tranquilo, como si me hubiera dado una cita para comer con él esa tarde en el *Central*.

Lo que entonces pasó por mí no podría explicarlo. ¡Cómo! Era posible que después de haber amado y sufrido tanto, que después de tanta constancia y tanta abnegación, cuando ya estaba próximo á conducir al altar á la mujer por quien sacrificaba hasta el cariño de mis padres, era posible que esa mujer me la arrebatara ahora el Destino. ¡Oh! no! Eso no puede ser! Era una infamia. La Justicia divina no era entonces más que una nueva utopía?

Quise gritar, correr á verla; pero quedé como clavado en el suelo. Habría permanecido allí inmóvil, sepa Dios por cuanto tiempo, si no hubiera oído la voz de Cecilia que me llamaba.

Subí, corriendo, la escalera. Aquélla me preguntó:

¿Qué ha dicho el Doctor?

No me atreví á decirla la verdad y respondíla:

—Nada. Que volverá luego á ver como sigue. Hice que mandara á la botica en busca de la medicina que había aquél recetado y pedí permiso para ver á Josefina. En aquellas circunstancias habría sido una crueldad impedirme estar al lado de mi amada.

Entramos, pues, Cecilia y yo en su estancia.

Me dirigí á la cabecera de su cama. Josefina dormía. No había que hacer ruido alguno y permanecí, allí parado, contemplando su rostro virginal, encendido por la fiebre. Su respiración era difícil y agitada. Un ronquido sordo salía de su garganta y daba pequeños y repetidos saltos en la cama.

De repente una agitación nerviosa conmovió todo su ser y comenzó á llamarme en voz alta: "Ricardo! Ricardo! ¿dónde estás. No te alejes de mí. No, no quiero que te vayas ...Aguárdate un momento....El cura.. . ya llega....mi traje....la unión ...ya estamos casados ....Guatemala....¡Qué felices somos!....pero no.... aguarda....otra vez el cura....¿qué busca aquí?....me muero." Josefina deliraba.

Hubo una pausa. Luego volvió á gritarme: "Ricardo!....¡el bote!....acórcate más....más....¡ay!....un relámpago!....¡el trueno!....¡la tempestad!....¡me hundo!....¡adiós Ricardo!....¡me voy....arriba te aguardo!"

Aquello era horrible. ¿Veía Josefina la muerte que venía en su busca? Yo tenía entre mis manos las suyas que quemaban; pero, al oir aquellos gritos desgarradores no pude contenerme y, tomando su adorada cabeza para besarla, le bañé el rostro con mis lágrimas y le cubrí de besos tan ardientes como la misma fiebre que la devoraba. Luego la alcé en la cama y la oprimí contra mi corazón. Ella trataba de deshacerse de mí, pero el dolor, la desesperación me daban fuerzas con que dominarla.

Cecilia y su madre me creyeron loco y corrieron hacia mí. Sí, estaba loco. Josefina se moría y yo iba á quedar solo en el mundo. Solo, completamente solo! ¡Cuán

¡Cobrega me sería entonces la vida! ¿Así recompensaba el cielo mis sacrificios, mi constancia y mi amor?

Calmóse entre tanto Josefina y yo la dejé caer suavemente, con dulzura, en la calma.

Yo era fuerte; pero me sentía abatido. Las dos mujeres, la madre y la hermana, en vano se empeñaron porque yo saliera de la estancia y tuvieron que consentir en que yo permaneciera allí, á la cabecera de mi novia moribunda. Parecía ésta ahora más calmada; pero su sueño era interrumpido, con frecuencia, por hondos ronquidos y extraños sobresaltos.

Después de almuerzo regresó el Doctor Valdivia en compañía de mi padre. Yo había prevenido á éste, por escrito, que no iría al almacén, ese día; por que temía por la vida de Josefina.

Entró solo el Doctor en la recámara y preguntóme al verme:

—¿Cómo ha seguido la enferma?

—Está ahora más calmada, le contesté.

Tomóle entonces el pulso y, volviéndose á mí, después de un momento, dijo:

—La fiebre tiene tendencias á bajar.

Colocó, luego, el oído sobre su pecho y permaneció en esa posición un par de minutos, pasados los cuales volvió á decirme:

—La respiración es todavía dificultosa; pero hay esperanzas de que se salve.

Salió y yo le seguí. En la sala encontré á mi padre, quien, abrazándome me dijo:

—Espero que no será nada. El Doctor Valdivia tiene esperanzas de salvarla. Pero tú debes no fatigarte mucho para no enfermar también.

Despidiéronse de la familia y salieron, el facultativo y mi padre.

Fué entonces, y solo entonces, cuando pude explicar á las Jackson el estado de Josefina. Ambas, como yo, estaban atribuladas; pero, pasada la primera impresión, había que mostrarse fuertes para no dar motivo á que la enferma sospechara siquiera la terrible verdad. Entonces volvimos á su lado. Dormía aún.

Como á las cinco de la tarde despertó preguntando dónde estaba, qué le había pasado y porqué se encontraba allí, tendida en su cama y yo á su lado.

Traté de explicarla lo sucedido y la dije:

—La mojada de ayer, cuando veníamos de Taboga, te hizo mal y has estado con una fiebre muy fuerte. Pero no es nada. Ya te está bajando.

—Pero no voy á morirme sin ser tu esposa, ¿no es cierto?, preguntóme con débil voz y triste acento.

—No, mi amor. Mañana estarás buena y dentro de una semana serás mía ante Dios y anto la Ley.

Díjome, luego, que le dolía la cabeza y principió á toser, una tosesita seca y débil, desgarradora. Esto y la naturaleza de los esputos me hizo comprender que el Doctor Valdivia, desgraciadamente, no se había equivocado. Josefina sufría de un fuerte ataque de pulmonía. Sus débiles pulmones no podrían resistir tan cruel enfermedad. Su padre había muerto tísico.

Desde aquel momento perdí toda esperanza y maldije mi existencia. ¿Por qué no me quedé en París entregado al vicio y los placeres? Así, al menos no habría pasado por esta prueba tan cruel y, el día menos pensado habría muerto, embriagado de aguardiente y de lujuria, en medio de las mujeres y de alegre bacanal. Así, al menos no habría sufrido este atroz y último desencanto do mi vida, la completa bancarrota de todas mis ilusiones y mis esperanzas todas.

Una semana estuvo Josefina luchando con la muerto. Fué una semana de desesperación en la cual no sé cómo no me volví loco. Esto habría sido mejor. Un solo instante no me separé de su lado. Almorzaba y cenaba en la casa. De noche me reclinaba, vestido, por si algo ocurría de pronto, en el sofá de la sala; pero apenas podía dormir.

Mi padre venía todos los días á averiguar el estado de la enferma. Cada día me encontraba más pálido y abatido y me repetía que me cuidara para que no enfermara yo á mi vez. Mas ¿qué me importaba ya á mí la vida? ¿Qué sería ésta y el mundo para mí sin Josefina, sin su amor?

El médico también venía á verla todos los días, á mañana y tarde y no podia disimular la grande, la terrible verdad. Josefina se moría y la ciencia era impotente para salvarla.

Constantemente aquella me llamaba: ¡Ricardo! No pronunciaba otro nombre ni quería que nadie la hiciera nada, más que yo.

Paulatinamente íbase consumiendo todo su ser. Su rostro, antes terso y diáfano, habíase cubierto de una palidez mortal; su mirada limpia, resplandeciente era ahora triste, de una languidez de tumba y sus labios habían perdido todo el color que les prestara su sangre de joven sana.

Con frecuencia, cuando iba á darle alguna bebida, se arrojaba en mis brazos con delirio y yo la estrechaba contra mi corazón y la besaba en la frente con una ternura que jamás había sentido hasta entonces, y la cubría con mis lágrimas, que me era imposible ocultar. Sus manos ardientes permanecían constantemente dentro de las mías heladas. Ella comprendía que se acercaba la hora fatal y, por no afligirme más, nada me decía. Sin embargo, un día llegó á decirme:

—Si muero quiero que me entierren con mi traje de bodas. Tú acompañarás mi cadáver hasta el cementerio y allí rezarás por mí.

Una noche, extrañas convulsiones la asaltaron. Brincaba en la cama, se desgarraba los vestidos. Deliraba, como la vez pasada. Su mirada tomó una rara expresión. Todos comprendimos que había llegado el momento supremo.

Joaquín, que me acompañaba algunas veces, corrió en busca de un sacerdote. La familia lo exigía. Yo no podía oponerme.

Yo fuí, volando, á casa del Doctor Valdivia. Perezosamente levantóse éste y, solo por cumplir con su deber hasta lo último, me acompañó á casa de mi amada que se moría.

Cuando llegamos á la puerta del zaguán Joaquín con el cura asomaban por la otra esquina.

Subimos juntos la escalera. En la meseta nos aguardaba Cecilia, anegada en llanto.

—Todo es ya inútil, nos dijo entre sollozos, mi hermana acaba de expirar.

Luego, dirigiéndose á mí:

—Su nombre, Ricardo, ha sido la última palabra que ha pronunciado.

—

Como me lo había exigido Josefina hice que la vistieran con su traje de novia.

¡Rara y fatal coincidencia! Ese mismo día era el señalado para la celebración de nuestra boda. Hasta el sepulcro siempre encontró la pobre quien me separara de ella: en Taboga el Capitán, en Panamá, mi padre y ahora la Muerte que me la arrebataba de los brazos, en los momentos en que yo debía conducirla á la felicidad, para sepultarla en la Eternidad.

Por la tarde un soberbio acompañamiento,—todos los amigos de mi padre y los míos,—precedido por aquél y por mí, la acompañó hasta el cementerio. Allí me estuve hasta que colocaron la lápida sobre su última morada.

Josefina había querido que yo rezara por ella. Aún no había olvidado las oraciones que mi madre me enseñara en mi infancia. Pero había perdido la fé. No pude cumplir su última voluntad.

FIN

FE DE ERRATAS.

Por ser muchas las que contiene esta obra, solo anotamos aquí aquellas que destruyen por completo la idea del autor.

Pág.	Línea	DICE	LÉASE
35	16	en un tiempo	á un tiempo
36	32	extraña	eterna
48	14	comprender	confirmar
48	18	idea	isla
56	15	gustaba	gustaba estudiar
53	4	Capitán al mozo	al volver el Capitán
75	2	coloradas	colocadas
77	5	Y era joven	y era esa joven
94	26	hay	había
96	24	estas	otras
133	12	madita	madamita
135	28	madita	madamita
134	28	madita	madamita
155	24	sinceridad	sociedad
157	7	sostenerse	someterse
161	21	sistema	existencia
163	10	rue Real	calle Real
165	11	engañados	exagerados
174	4	sabidos	sabios
181	36	calzaba	caía
185	6	indiano	infame
186	25	sería	reina
187	16	acompaña	acompañaba
187	21	viaja	viajábamos
187	33	prueba	pensaba
192	28	puede	podía